

Mayo 1965

MONTHLY REVIEW

Selecciones en Castellano

VIETNAM: ^{AÑO II} 21

el camino al desastre

leo huberman - paul m. sweezy

EL ASESINATO
DE MALCOLM X

jigs gardner

PLANIFICACION
Y MERCADO

c. bettelheim

NOTA A LOS LECTORES

La invasión de tropas estadounidenses a la República Dominicana, conmueve al mundo; deshace ilusiones, despierta conciencias, determina, en fin, aun cuando las constantes que hacen al desarrollo imperialista no hayan sufrido una transformación sustancial, que una nueva etapa en la batalla histórica contra el imperialismo se abre para los pueblos que luchan por la liberación nacional.

Santo Domingo y Vietnam, son también dos ejemplos. En estos dos escenarios han caído los ropajes que engañaron a muchos, principalmente a aquellos que vieron "algo nuevo" a través de la óptica de una experiencia conciliadora.

Violento, histórico, arbitrario, contundente. Esta imagen de los Estados Unidos clara como nunca, aventa definitivamente las vanas esperanzas alimentadas cuando el gobierno de Kennedy y que comenzaron a flaquear un día de noviembre en Dallas.

Estados Unidos está sumergido en un atolladero, tanto en Vietnam como en la República Dominicana. Sus actitudes, inevitables por cierto, no pueden detener la marea de la lucha, sino por el contrario, darle más fuerza y contenido revolucionario. Por eso la sensación que producen estos temibles e inútiles manotazos del gigante, son de indignación, dolor y serena alegría. Indignación y dolor por el cinismo con que se avasalla la soberanía de los pueblos y los mártires que produce la agresión armada; alegría, porque el heroísmo de quienes reciben el zarpazo demuestra que los pueblos saben que su hora ha llegado. Esto produce confianza y responsabilidad; solidaridad hacia los que luchan y conciencia para la propia lucha. Sigue siendo largo y doloroso el camino a recorrer, pero ya las cosas son muy claras. Ese es uno de los aspectos más positivos que deja la agresión norteamericana al pueblo dominicano.

Saludamos así al valiente pueblo dominicano y nos solidarizamos con su lucha que tanta perspectiva y emoción arroja a la lucha de los pueblos hermanos.

Revista de
investigación política internacional
dirigida por
Leo Huberman y Paul Sweezy
MR - Selecciones en Castellano
dirigida por Irene Mizrahi

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

Nº 21

Mayo de 1965

Año II

INDICE

	Págs.
1.— <i>Vietnam: el camino al desastre</i> , por Leo Huberman y Paul M. Sweezy	3
2.— <i>La hazaña de Paul Baran</i> , por Harry Magdoff	19
3.— <i>El asesinato de Malcolm X</i> , por Jigs Gardner	37
4.— <i>La planificación y el mercado</i> , por Charles Bettelheim	43
5.— <i>Quebec: el nacionalismo y la clase trabajadora</i> , por Pierre Vallières	51

SUSCRIPCIONES EN CHILE

Anual (12 números)	E\$ 10,00
Semestral (6 números)	5,00
Números sueltos	0,90

Es una publicación de Editorial Prensa Latinoamericana S. A. (PLA), Reproducción fiel de la edición argentina. Los trabajos editados son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no comprometen la responsabilidad política de PLA. Director: Carlos Salazar Umaña. Correspondencia a nombre de: Prensa Latinoamericana S. A., Casilla Nº 10430 Santiago. Distribución: Root Nº 537, Fono 36988. Prohibida la reproducción total o parcial.

VIETNAM: EL CAMINO AL DESASTRE

Leo Huberman y Paul M. Sweezy

Estoy seguro que el gran pueblo norteamericano, si sólo conociera los hechos y las razones verdaderas de los acontecimientos en Vietnam del Sur, coincidirá conmigo en que es innecesario seguir derramando sangre... Es sabido que en tiempos de guerra y hostilidades la primera baja es la verdad.

U. THANT

El "Libro Blanco" sobre Vietnam que el Departamento de Estado entregó a la prensa el 27 de febrero, parte enteramente de un supuesto, no estipulado como tal, pero que existe de hecho como si fuera un dato evidente. El supuesto consiste en que hay un "gobierno legítimo" (el término aparece en forma recurrente) en Vietnam del Sur. El informe dice que este gobierno lucha por defenderse y que todo lo que Estados Unidos hace es prestarle la ayuda necesaria. Si aceptamos esta idea, difícilmente quepa otra conclusión que acusar al Vietnam del Norte de verdadero agresor, aunque el documento mismo es modesto en afirmarlo. Si no coincidimos en que hay un gobierno legítimo en Vietnam del Sur, se derrumba íntegramente la argumentación del Documento y sólo podremos interpretar los hechos en que se apoya (suponiendo que son todos genuinos) como prueba de la notable cautela y sujeción

que Hanoi despliega al combatir a un invasor extranjero que ocupa una gran parte del territorio vietnamita.

¿Cuál de las dos ideas es correcta? ¿Es el régimen de Saigón un "gobierno legítimo" o es un títere al estilo Quisling de un ocupante extranjero? Evidentemente todas nuestras actitudes hacia la guerra en Vietnam dependerán de la respuesta que brindemos a estas cuestiones.

ORIGEN Y NATURALEZA DEL REGIMEN DE SAIGON

En esta búsqueda por la respuesta recurramos a ciertos hechos indiscutidos de la historia reciente. (1)

Durante la Segunda Guerra Mundial, el régimen colonial francés en Indochina colaboró con los japoneses de la misma manera que el régimen de Vichy en Francia lo hizo con los alemanes. Cerca del fin de la guerra, al enterarse de cierto complot francés en su contra, los japoneses internaron a las tropas coloniales y a sus funcionarios administrativos e instalaron un estado títere "independiente" bajo el emperador anamita Bao Dai. Mientras tanto, un movimiento de resistencia llamado el Vietminh, dirigido por Ho Chi Minh y apoyado por los Aliados (particularmente los norteamericanos a través de la Oficina de Servicios Estratégicos), instaló sus bases en la parte norte del país y logró controlar un amplio sector del campesinado en la zona remanente. Cuando los japoneses se rindieron, sus fuerzas en Vietnam simplemente le entregaron el poder al Vietminh el cual proclamó a su estado como república independiente.

Este hecho tan insólito de la transmisión pacífica del poder de un régimen a otro, sucedió. Si las grandes potencias hubiesen reconocido a la nueva República de Vietnam, con toda seguridad nunca se hubiera desatado una guerra en esta parte del mundo y desde entonces habría surgido un fuerte estado unificado operando como potencia estabiliza-

(1) En beneficio de la brevedad, no vamos a abrumar el texto con innumerables citas y extractos. El lector que esté interesado en confirmar nuestros datos e interpretaciones encontrará abundante material en los siguientes trabajos (y en las fuentes a que esos trabajos hacen referencia): *La guerra en Vietnam*, por Hugh Deane, *Monthly Review* —Selecciones en Castellano— N° 7, de marzo de 1964; Helen B. Lamb, *The Tragedy of Vietnam* (La tragedia de Vietnam), Basic Pamphlets, 1964; Edgar Snow, *The Other Side of the River* (El otro lado del río), Nueva York, 1961, capítulo 85, y *What Every American Should Know about Indo-China* (Lo que todo norteamericano debería saber de Indochina), *Monthly Review*, junio de 1954.

dora en toda la región del sudeste asiático. Pero esperar cosa parecida en tanto exista el imperialismo sería la más ingenua de las utopías.

Se decidió en la conferencia de Potsdam en el verano de 1945 que los chinos desarmaran y repatriaran a las fuerzas japonesas de la parte norte del paralelo 17 en Vietnam mientras los ingleses harían lo propio en la parte austral. En complicada maniobra política, Chiang Kai-shek introdujo desde China a un ejército provincial yunanés; los ingleses desembarcaron sus fuerzas en el sud. Los yunaneses tomaron cuanto pudieron sin pretender interferir con el gobierno vietnamita el cual procedió a atrincherarse en el poder del norte. Por su lado, sobre la base absurda de que Ho Chi Minh era un títere de los japoneses, los ingleses se negaron a reconocer su gobierno, desarmaron sus tropas donde pudieron e inmediatamente trajeron de vuelta a los franceses. Lo que entonces sucedió constituye uno de los capítulos más sórdidos en toda la vergonzosa historia de la conquista imperialista; también arroja inestimable luz sobre la cuestión de la legitimidad de todos los gobiernos subsiguientes vietnamitas.

Los franceses nunca tuvieron la intención de renunciar a sus posiciones de preguerra de amos coloniales. Con el objeto de reconquistarlas, sin embargo, debieron enfrentar la existencia real de un gobierno vietnamita que controlaba la mitad del país y gozaba de masivo apoyo popular en el sector restante. Eligieron los métodos del engaño, la intriga, y a la larga, la fuerza bruta.

Para los franceses el eje de la cuestión era introducir a sus ejércitos en el norte con el objeto de reemplazar a los chinos en el lugar; en pos de esta meta emprendieron negociaciones simultáneas en Chungking y en Hanoi. Los chinos efectivamente vendieron su retirada, y los vietnamitas fueron derrotados por lo que se dio en llamar una enorme concesión a los vietnamitas. El acuerdo firmado por los dos gobiernos con fecha 6 de marzo de 1946 estipulaba en su primer artículo: "El gobierno de Francia reconoce a la República de Vietnam como estado libre, con gobierno y parlamento, ejército y finanzas propios, que integra la federación indochina y la Unión francesa." No fue definido en esta oportunidad el sentido de Unión francesa, pero el lenguaje no deja duda ya que se entreveía la adjudicación a Vietnam de un status comparable al de miembro del Commonwealth británico. *Legalmente hablando, el acuerdo del 6 de marzo puso el sello de legitimidad sobre el régimen de Ho Chi Minh en tanto gobierno de todo Vietnam y ningún hecho posterior ha cambiado un ápice esta situación.*

Los franceses no intentaron respetar el acuerdo. Inmediatamente buscaron los medios de subvertirlo: ya reduciendo a Ho al status de títere, ya, de probarse la imposibilidad del primer medio, aplastando

y liquidando completamente a su régimen. "Volveremos a Indochina porque somos los más fuertes", dijo la cabeza del gobierno francés a un interlocutor en enero de 1946. Su nombre era Charles De Gaulle, y le ocupó a él y a sus sucesores, ocho largos años descubrir su error: Francia no era la más fuerte.

Fue durante estos años de agria lucha cuando se concibió y dio a luz al actual gobierno de Saigón. Fue ilegítimo desde su mismo comienzo y ni su posterior adopción por los norteamericanos, ni los intentos por darle un nuevo pedigríe, han podido disfrazar su continua ilegitimidad.

Tras el fracaso de convertir a Ho Chi Minh en un títere, los franceses se encontraron frente a un dilema. No podía instaurarse, por lógica, un orden desnudamente colonial sobre un pueblo que hasta fecha tan reciente había luchado y conquistado su verdadera independencia. De modo que los franceses debieron inventar una solución que cuanto menos aparentara respetar la independencia de Vietnam. Así fue que raptaron al anterior emperador Bao Dai de los cabarets de Hong Kong, para convertirlo en "Jefe de Estado".

Llegaron con él a un acuerdo (junio 5, 1948) según el cual "Francia reconoce solemnemente la independencia de Vietnam, país que tiene el privilegio de realizar libremente su propia unificación."

¿Proporciona la vuelta de Bao Dai una base legal en favor de la legitimidad de su gobierno? De ninguna manera. Con la rendición japonesa en 1945, Bao Dai abdicó voluntariamente al trono, recuperó su nombre civil de Vinh Tuy y aceptó el puesto honorífico de "Canciller Supremo" de la nueva República de Vietnam; luego retornó a Hong Kong para gozar de los placeres de la vida nocturna. Resulta demasiado absurdo como para ser tenida en cuenta la noción de que todo esto podría desmejorarse y convertir a Bao Dai en cabeza legítima por decreto de Francia.

Aparentemente los norteamericanos lo habían entendido así, ya que, al reemplazar a los franceses en el desempeño del poder real detrás del régimen de Saigón, primero se amoldaron a ello y luego instigaron una maniobra que le cambiara el aspecto. Ngo Dinh Diem intentó ubicarse en el gobierno de Bao Dai, puesto al servicio de los japoneses. Pero por diversas causas no logró satisfacer sus ambiciones y optó por exilarse en los Estados Unidos donde estableció estrechas relaciones con los altos círculos políticos. Al recuperar su puesto como "Jefe de Estado", después de 1948, y dependiendo cada vez más de las dádivas norteamericanas. Bao Dai consideró conveniente designar a Diem como primer ministro. En la época de los acuerdos de Ginebra (julio 1954), que marcaron la rendición francesa, Washington ya tenía su hombre tras el timón de Saigón. Pareció haberse decidido, probablemente en forma conjunta entre John Foster Dulles y Diem, de que Bao Dai ya carecía de utilidad y que podría

aprovecharse su cambio para darle al régimen un nuevo cimiento legal. De cualquier manera, aun cuando Bao existía nominalmente como jefe de gobierno, el presidente Eisenhower comprometió el apoyo de los Estados Unidos a la persona de Diem. Poco tiempo después, en octubre (1954). Diem preparó un referéndum "nacional" que ratificara su voluntad de reemplazar a Bao Dai en el cargo de "Jefe de Estado". Tres días más tarde proclamó la "República de Vietnam" y se autodesignó primer presidente.

Nunca el "mundo libre" presenció "revolución" más falsa, pese a haber visto una abundante cantidad de ellas. Menos del 15 por ciento de la población votante se expresó en el referéndum; el verdadero poder en el país lo ejercía evidentemente el gobierno de Ho Chi Minh quien acababa de aplastar a la crema del ejército francés en Dien Bien Phu. Eisenhower reconoció la verdadera situación y la divulgó públicamente en su libro *Mandate for change* (Mandato de cambio) al referirse a sus primeros cuatro años en la Casa Blanca:

Estoy convencido que los franceses nunca hubieran podido ganar la guerra porque la situación política interna de Vietnam, débil y confusa, debilitó gravemente sus posiciones militares. Jamás hablé o me escribí con una persona perita en asuntos de Indochina que no haya afirmado que de haberse sostenido las elecciones en los tiempos de lucha, posiblemente un 80 por ciento de la población hubiera votado por que el comunista Ho Chi Minh asumiera la dirección antes de que Bao Dai fuera designado jefe de estado. (Citado por Marquis Child en *The New York Post*, febrero 16, 1965.)

Obviamente el golpe de palacio que sustituyó a Bao Dai por Diem no podía ni afectó a la situación en lo más mínimo. La única diferencia era que un títere norteamericano reemplazaba a un títere francés. Ninguno tuvo la remota pretensión de ser el verdadero representante o gobierno del pueblo vietnamita. Esta posición la ocupaba firmemente como en 1945 y como siempre, Ho Chi Minh y el gobierno de la República Democrática de Vietnam.

Basta con esto para refutar la pretensión norteamericana de que está ayudando al gobierno "legítimo" de Vietnam del Sur. Cabe para ellos la misma lógica que la del niño quien después de haber muerto a madre y padre solicitó clemencia del juez por ser huérfano. Poniéndolo en términos crudos, toda la defensa norteamericana a favor de una intervención en Vietnam está basada en una mentira, en una Gran Mentira de verdaderas dimensiones hitlerianas.

Si se comprende hasta acá, sólo queda una breve argumentación para terminar de refutar las acusaciones de que Vietnam del Norte está vio-

lando los Acuerdos de Ginebra de 1945 y es culpable de "agresión". Cualquiera que se tome el trabajo de leer los Acuerdos de Ginebra no puede dejar de comprender que su único propósito fue el de resolver el problema de Vietnam unificando al país bajo un gobierno popular surgido por elecciones. Se divisó la separación del país en el paralelo 17 como medida puramente temporaria que facilitara la exención y retiro o desmovilización de las fuerzas activas que concluiría con un llamado nacional a elecciones a realizarse a más tardar en el invierno de 1956. Simultáneamente se retirarían todas las potencias extranjeras y no entraría más armamento desde el exterior. Al rechazar de plano la sola discusión de las elecciones prescritas, Dulles y Diem excedieron la violación de los Acuerdos: repudiaron toda la concepción que yacía de fundamento para estos Acuerdos. De todas maneras, podría sostenerse que ni Washington ni Saigón habían firmado los Acuerdos, y que por lo tanto no estaban obligados a respetarlos. Pero semejante actitud sólo serviría para multiplicar y combinar la insolencia y la hipocresía implicadas al invocar a los Acuerdos en defensa de un estado soberano e independiente en Vietnam del Sur. Jamás sancionaron los Acuerdos la división de Vietnam, ni tampoco plantearon que los vietnamitas del norte deberían mantenerse alejados de Vietnam del Sur. Los Acuerdos respaldaron la unidad nacional y estipularon que los extranjeros deberían irse y quedarse fuera del país en su conjunto. Los únicos que están violando los Acuerdos de Ginebra son los norteamericanos y sólo dejarán de violarlos cuando se vayan y permitan que los vietnamitas dirijan sus propios asuntos.

La respuesta oficialmente sostenida y propagada por los norteamericanos es que, si los Estados Unidos abandonan Vietnam, los comunistas chinos usurparían el control de la situación. Esta es otra Gran Mentira. El gobierno de Ho Chi Minh existía cuatro años antes de que triunfara la Revolución China y combatió a los franceses otros tantos años antes de que el régimen de Pekín extendiera su poder hasta la frontera vietnamita. Ho Chi Minh no es el títere de nadie, como lo pueden verificar los franceses a su pesar; y no hay prueba alguna que atestigüe que los chinos amenazaron, alguna vez o de alguna manera, la independencia y soberanía de la República Democrática de Vietnam. El único factor que podría llevarlos a Vietnam sería la extensión de los ataques norteamericanos a Vietnam del Norte; de ser así, no hay por qué dudar de que participarían en la guerra como lo hicieron en Corea. Pero el ejemplo de Corea también nos enseña que el propósito será repeler a los norteamericanos y no usurpar. Hace tiempo que los chinos se retiraron de Corea del Norte; sólo los Estados Unidos conservan un ejército de ocupación en el suelo coreano.

¿COMO EMPEZO LA GUERRA EN VIETNAM DEL SUR?

Según el Libro Blanco del Departamento de Estado, la actual guerra en Vietnam del Sur —distinta de la lucha anterior contra los franceses— fue iniciada por Ho Chi Minh y sus colegas porque no podían tolerar los tremendos éxitos económicos del régimen de Diem. Este romántico idilio es tan emocionante que merece ser citado con cierta extensión:

Nació la esperanza entre los sudvietnamitas (después de 1954) de que su país podía conquistar un futuro pacífico e independiente, libre de la dominación comunista. La nación puso manos a la obra. Los años que siguieron a 1955 fueron de progreso constante y creciente prosperidad. Se alcanzaron y superaron los niveles de producción alimenticia de los años de preguerra. Mientras la producción per cápita de alimentos estaba bajando de 1956 a 1960, en un 10 por ciento en el Norte, aumentó un 20 por ciento en el Sur...

La producción de textiles creció en el Sur en más de un 20 por ciento en un año (1958). En el mismo año la cosecha del azúcar en Vietnam del Sur aumentó más de un 100 por ciento. Pese a disponer el Norte de un complejo industrial mucho más vasto, se estimó, en 1960, que el producto nacional per cápita era de 110 dólares estadounidenses en Vietnam del Sur mientras que sólo alcanzaba a 70 en el otro Vietnam.

Más de 900.000 refugiados que huyeron del orden comunista del Norte se establecieron exitosamente en el Sur. Se instauró un programa de reforma agraria. La población en las escuelas primarias o elementales casi se cuadruplicó entre 1956 y 1960. Y así podríamos seguir citando ejemplos —es un récord de mejoría constante en la vida de las gentes. Esto el gobierno de Hanoi no lo toleró; en condiciones pacíficas, el Sur aventajaba al Norte. Estaban perdiendo la batalla de la competencia pacífica y decidieron usar la violencia y el terror para lograr sus fines.

El único problema con esta historia es que es un conjunto de mentiras, como todo lo que el gobierno de los Estados Unidos dice respecto de Vietnam. No nos referimos a las estadísticas específicamente citadas. No estamos en situación de confirmarlas, y poca diferencia hace averiguar la precisión de los datos. Como Hegel tan correctamente lo señaló, la verdad es el todo, y éstos son sólo pequeños fragmentos que podrían ajustarse a una infinidad de conjuntos.

La verdadera historia económica de Vietnam del Sur de los últimos diez años es, como la de tantos otros países del área subdesarrollada del "mundo libre", una serie de oportunidades desperdiciadas, corrupción, estancamiento, miseria y tragedia. Citaremos parte de una carta escrita a un colega en los Estados Unidos, de un capacitado economista norteamericano, liberal, que fue enviado a Saigón para ayudar al régimen de

Vietnam del Sur a formular y ejecutar su programa económico. Por razones obvias, el nombre del autor debe mantenerse anónimo. Es el fin de 1960, antes de que la guerra alcanzara el grado de intensidad de los últimos años y antes de que la situación política de Saigón comenzara a derrumbarse. En otras palabras, es el momento, mirado en retrospectiva, de auge de Ngo Dinh Diem:

La solución económica de los problemas de Vietnam es relativamente visible; no hace falta tener un doctorado para reconocerla. El nivel de análisis económico no debe ser muy sofisticado. El verdadero problema aquí, que hasta ahora escapó a toda solución, es político y administrativo. Es cuestión de convencer a los funcionarios adecuados de que reconozcan sus problemas, los enfrenten y los ataquen con energía, eficiencia y competencia razonables. Por ejemplo, no hace falta ser muy brillante para calcular que una tasa de inversión neta del 3 al 4 por ciento del PBN no proporcionará la tasa de crecimiento necesario para estar a la altura del incremento en un 3 por ciento de la población. Tampoco es difícil observar que la exportación deliberada de capital (por los vietnamitas ricos) de un país donde el capital escasea es una política de chichatos. Este país ha estado acumulando de 30 a 40 millones de dólares estadounidenses al año en concepto de divisas. Cuando pregunto cuáles son los motivos de esta política, la respuesta indica que la idea campesina del ahorro ha sido elevada al nivel de política nacional. Y así es todo.

Supongo que te habrás enterado de los últimos sucesos. El hecho del conato de golpe no fue ninguna sorpresa para nosotros, aquí, si bien el momento fue inesperado. El monto de incompetencia administrativa y de falta de dirección apuntan al eventual colapso de este régimen. Salvo que haya un cambio drástico de política y de procedimientos... el resto es una cuestión de tiempo. El actual gobierno ha demostrado una enorme capacidad para excluir a cualquier oposición democrática, pero muy poca competencia para extirpar la actividad subversiva y guerrillera. Una vez más Uncle Sam ha sido obligado a montar un caballo muerto.

¡Pobre Tío Sam! Pero ¿quién lo puso en esta poco envidiable posición? ¿Y por qué pregona que su caballo muerto gana las carreras? Las respuestas, desgraciadamente, son tan evidentes como la certeza de las predicciones de nuestro amigo economista en cuanto al desarrollo futuro de los acontecimientos. No hubo ningún cambio drástico de política después de 1960; fue sólo una cuestión de tiempo la caída del régimen de Diem. Y ahora podemos agregar, el colapso no fue la antesala de la convalecencia sino de un brutal caos político. Y todo esto sucedió a pesar de que —¿o por casualidad habrá sido porque? —Vietnam del Sur ha sido, en relación a su tamaño, uno de los principales receptores de la ayuda económica norteamericana.

En lo que al Norte respecta, ciertamente no gozó de tranquilidad desde el punto de vista económico. Separado de las principales regiones productoras de alimentos del país y, en oposición al Sur, lejos de las exuberantes alacenas de un rico aliado, el pueblo de Vietnam del Norte ha sido forzado a vivir en austera pobreza. Pero al mismo tiempo, también en oposición al Sur, se han combinado la pobreza con justicia y esperanza, y eso marca una notable diferencia. Un periodista francés informó en el semanario *L'Express*, en 1963, de regreso de su viaje a Vietnam del Norte que

nadie pide nada y todos comparten con certeza la lucha nacional por la existencia. Ni un solo funcionario puede ser sobornado. Ni un solo oficial vive despojando al Estado, actividad tan común en todos los demás países del Sudeste de Asia. Los enfermos no tienen que pagar los gastos del tratamiento en los hospitales... La pobreza en Vietnam del Norte no es una cualidad exclusiva de los pobres, es el destino de todos. Por tal razón esa pobreza adquiere una dignidad que obliga al extranjero a sumarse a ella compartiendo cuanto tiene... Es una cuestión de arreglárselas sin los recursos del Sur todo el tiempo necesario y de aumentar la producción industrial y agrícola a cualquier precio. (Citado por Hugh Deane en *La guerra en Vietnam*, pág. 41).

Ni el más desvergonzado de los mentirosos rentado por Washington se atrevería a escribir sobre Vietnam del Sur en estos términos. Tampoco se toman la molestia de decirnos que "el complejo industrial mucho más vasto" de Vietnam del Norte, si bien deben reconocer su existencia, fue básicamente levantado gracias al heroico esfuerzo que desempeñó el pueblo durante los años posteriores al fin de la guerra contra los franceses —durante aquellos años en que una continua invasión de bienes norteamericanos arruinó gran parte de la industria del Sur y arrojó a miles de trabajadores a las calles.

Pero hay una manera simple de probar qué bando está ganando "la batalla de la competencia pacífica": quita las fronteras que los separan y dejad que la gente juzgue por su cuenta. Esto es lo que preconizaron los Acuerdos de Ginebra; lo que fue abogado constantemente por Hanoi; lo que Saigón rechazó de cuajo, y cuya defensa ha pasado a constituirse en un crimen. ¿Qué más ha de decirse?

De esta manera la explicación del Departamento de Estado acerca de cómo se inició la guerra en Vietnam del Sur se torna en otra Gran Mentira. Pero la pregunta en sí permanece abierta: ¿cómo empezó?

La respuesta es simple —y siniestra. La guerra de liberación contra los franceses también marcó los primeros pasos de una verdadera revolución social, que se extendió por todo Vietnam pero más especialmente

por el campo, donde el Vietminh ganó gran parte del apoyo, en los años de batalla. Muchos grandes terratenientes, tanto vietnamitas como franceses, se refugiaron en las ciudades más importantes donde se encontrarían guarecidos por las bayonetas francesas. Guiados y apoyados por los cuadros del Vietminh, que integraban los gobiernos locales efectivos en grandes partes del país, los campesinos se lanzaron a dividir las propiedades más vastas (en su mayoría ubicadas en el sur), abolieron los alquileres e impuestos atrasados e iniciaron nuevas formas de cooperación. Con la firma de los Acuerdos de Ginebra, el ejército regular del Vietminh —unos 100.000 hombres en armas— se retiró al norte, dejando que los franceses y sus tropas titeres pusieran orden en el sur, en vista de las elecciones prometidas en los Acuerdos y la consiguiente unificación del país. Como dijéramos antes, sin embargo, pronto los titeres franceses pasarían a ser titeres norteamericanos (quizás ya lo eran entonces), pero ni ellos ni sus nuevos amos tenían la intención de conformarse a los Acuerdos. En cuanto a los franceses mismos, abandonaron las obligaciones morales y legales establecidas por los Acuerdos y descargaron sus problemas en manos de los señores Dulles y Diem.

En este contexto irrumpió como fuerza ineludible la tragedia de Vietnam del Sur. Diem comenzó a instaurar una nueva máquina de estado basada fundamentalmente en resentidos refugiados, reaccionarios católicos del Norte y en los desposeídos terratenientes del Sur —todos sedientos de venganza y ansiosos de recuperar su vieja riqueza y privilegios. Se organizó y puso en funcionamiento un temeroso aparato de represión contrarrevolucionaria que fue gradualmente extendiéndose por el campo sobre la base de detenciones, torturas, asesinatos a nacionalistas y revolucionarios en general; devolviendo las propiedades a los dueños y ubicando a insaciables rufianes en los asientos de los gobiernos locales. Phillipe Devillers, respetada autoridad francesa en materia de la historia de Vietnam, siendo católico y anticomunista, escribió lo que a continuación transcribimos acerca de los años 1957-1959:

Se hizo casi típico el advenimiento de una serie determinada de acontecimientos, se sucedieron las acusaciones y denuncias, el bloqueo de aldeas, la requisita y redadas, los arrestos de sospechosos, el pillaje, los interrogatorios reforzados por la tortura (aun contra gente inocente), la deportación y el "reagrupamiento de poblaciones" sospechadas de connivencia con los rebeldes, etc. (Citado por Hugh Deane en *La guerra en Vietnam*, pág. 26.)

Esta es la sombría verdad que el Departamento de Estado trata de ocultar detrás de sus elaboradas mentiras sobre el "progreso y creciente prosperidad", la "mejoría constante en la vida de las gentes" en los años

posteriores a 1955. Tampoco la famosa reforma agraria imaginada por el "experto" norteamericano Wolf Ladejinsky y obedientemente promulgada por Diem y compañía ayuda en algo a elevar este siniestro retrato. En comparación a la situación de preguerra la reforma Ladejinsky representó un programa de concesiones al campesinado, aunque su principal objetivo era promover el crecimiento de una clase de kulaks en el campo, más que ayudar a la gran mayoría del campesinado pobre. Pero comparada con la situación que efectivamente existía en 1954, después que el Vietminh condujo al campesino a una verdadera reforma agraria, la medida Ladejinsky constituyó un decisivo paso hacia atrás, una parte integrante de la contrarrevolución. (2)

Con esta historia, ¿puede sorprender que el pueblo de Vietnam del Sur, desprovisto de los frutos de su victoria contra los franceses y llevando en sus hombros el yugo de una tiranía más nueva y feroz, reconstruya sus fuerzas armadas y retome la lucha revolucionaria por su independencia nacional y desarrollo económico? Y si los vietnamitas del norte los han ayudado, como afirma el documento oficial, ¿puede el conoedor de la verdad en Vietnam del Sur negar honestamente que están cumpliendo una inevitable obligación moral?

LA CRISIS DE LA POLITICA NORTEAMERICANA

La actual crisis de la política norteamericana en Vietnam proviene directamente del virtual colapso del régimen de Saigón. Resulta difícil seguir fingiendo ayudar algo que ha dejado de existir, pero sin esa excusa, no nos podemos explicar qué hacen los Estados Unidos en Vietnam del Sur. De ahí, la elección inevitable: retirarse o transformar la guerra en algo que pueda racionalizarse y justificarla.

Antes de analizar estas dos alternativas, podemos rápidamente refutar una tercera que sólo existe en ciertas mentes alucinadas que, con seguridad, encontraremos en los altos círculos políticos. Dicha alucinación consiste en presumir que al atacar y amenazar al Vietnam del Norte los Estados Unidos pueden crear una especie de régimen viable en el Sur y de este modo permitir un retorno al *statu quo ante*. Hablando claro, esto es una tontería por dos razones: primera, los norteamericanos no controlan el proceso revolucionario del Sur y no lo podrían detener aun, si lo desearan; y segunda, aun si pudieran no lo harían por la sencilla razón de que

(2) Sobre esta importante cuestión, lea el artículo de Richard Morrock, "Reforma agraria en Vietnam del Sur", que aparecerá próximamente en MR Selecciones en Castellano.

eso sería aceptar un chantaje que sólo abriría las puertas a más chantaje. Descartamos entonces que por su misma naturaleza el estado de cosas que existe al momento de escribir en los comienzos de marzo, es temporario y transitorio. Si los Estados Unidos insisten en los ataques aéreos a Vietnam del Norte, la situación política del Sur seguirá deteriorándose, mientras que el costo en términos de aviones y pilotos aumentará por el perfeccionamiento de la defensa aérea de Vietnam del Norte paralela a una ayuda china y soviética cada vez mayor. Esto es válido independientemente de la escala y focalización de los ataques aéreos: aun el bombardeo hasta el punto de saturación, como lo demostró la guerra de Corea, es incapaz de someter totalmente a determinados enemigos. Tarde o temprano deberán enfrentarse con las verdaderas alternativas: irse o transformar la guerra.

Que retirarse sería el único rumbo racional a seguir es más que evidente para cualquiera que conozca la historia de la situación vietnamita y no tenga intereses de por medio. Sin embargo, al momento de escribir este artículo, la probabilidad de que los Estados Unidos adopten esta política es verdaderamente baja. La razón brindada por voceros oficiosos y no oficiosos del Departamento de Estado, es que los Estados Unidos perderían el respeto, mientras que los chinos aprovecharían para ocupar rápidamente todo el sudeste asiático, si rompieran el "compromiso" con Saigón. Todas éstas no son más que palabras engañosas. En primer lugar, el compromiso es de los Estados Unidos hacia su propia creación, y de todos modos su criatura títere ya está bastante moribunda y pronto morirá del todo. En otras palabras, el único compromiso de los Estados Unidos es con sí mismo y éste puede romperse voluntariamente. En segundo lugar, lejos de perder el respeto, la salida de Vietnam del Sur enaltecería el prestigio y robustecería la posición de los Estados Unidos frente a la gran mayoría de los gobiernos y pueblos del mundo. Para quien piense que esto no es más que un sueño feliz, cabe preguntarle si Francia perdió o ganó respeto al retirarse de Vietnam y de Argelia. La respuesta salta a los ojos de cualquier niño en edad escolar. Y finalmente, como ya explicamos, el espectro chino es un espectro y nada más. Los chinos están construyendo el socialismo, y una sociedad socialista no tiene interés —y los intereses siempre determinan las políticas— en posesionarse de otros países. Lo que sí quieren, y tienen todo el derecho para ello, son vecinos amistosos o cuanto menos, no hostiles.

Así resulta que la explicación oficial de por qué los Estados Unidos "no pueden arriesgar" retirarse de Vietnam no tolera un análisis serio. Enseguida daremos la verdadera razón de por qué, pese a todo, se niega a salir. Pero consideremos primero, aunque en forma breve, la segunda alternativa: transformar la guerra, lo que significa convertir a la guerra

contrarrevolucionaria en Vietnam del Sur en una guerra total contra Vietnam del Norte y finalmente contra China.

Hubo una época en que el ejército norteamericano se opuso fuertemente a la adopción de este curso. Dulles y el Almirante Radford, jefe supremo de la institución militar, lo propusieron cuando ya era bien visible que los franceses perdían en Dien Bien Phu. El ejército lo objetó, por las razones que el General Matthew B. Ridgway, en aquel momento Comandante en Jefe del Ejército consignó en sus memorias:

En Corea habíamos aprendido que los poderes aéreo y naval solos no pueden ganar una guerra, pero fuerzas armadas inadecuadas tampoco. No pude creer que tan pronto olvidáramos esta dura lección; estábamos al borde de cometer el mismo trágico error.

Gracias a Dios, no repetimos ese error... Se abandonó la idea de intervención y creo que el análisis que el ejército realizó y presentó a las autoridades principales jugó una parte considerable, si no decisiva, en persuadir al gobierno que no acometiera tan trágica aventura. (Citado por Edgar Snow en su libro, *The Other Side of the River*, pág. 691).

Hay razones para creer ahora que el ejército ha modificado y hasta abandonado esta oposición. Es de suma importancia para el caso, el artículo de Hanson W. Baldwin publicado en el *New York Times Magazine* del 21 de febrero, donde dicho autor aboga por incrementar el compromiso de las fuerzas norteamericanas en la guerra de Vietnam (posición totalmente opuesta a la sostenida por el *Times*, ese mismo día, en su página editorial). Es sabido que Baldwin, columnista militar del *Times*, tiene estrechas relaciones con el Pentágono y no adquirió la reputación de vocero de una sola de las armas. Si bien no podemos estar seguros, cabe de cualquier manera pensar que la defensa de Baldwin por una lucha total refleja el pensamiento de las tres armas. Baldwin no tiene la ilusión de obtener una victoria rápida y fácil; por el contrario, lo que llama la atención del lector de este artículo es la forma vaga en que expresa su noción de detener el "expansionismo comunista", y la indetención de objetivos concretos, el logro de los cuales otorgaría la "victoria". Después de solicitar el envío de fuerzas norteamericanas a luchar en Vietnam del Sur y de sugerir extender los ataques hasta Vietnam del Norte, continúa:

Mientras tanto, llevaría años de sacrificios dentro de Vietnam del Sur mismo, reducir al Vietcong a proporciones asequibles. Para esto se requerirán más fuerzas sudvietnamitas y mejor guiadas. Quizás los Estados Unidos deban mandar en pequeñas cantidades, al principio, tropas suplementarias y más posteriormente, en particular si las fuerzas regulares de Vietnam del Norte y los soldados chinos deciden unirse al Vietcong.

Les dejamos a los Hanson Baldwins hacer los cálculos de sangre necesarios. Mientras tanto, una cosa es cierta como ninguna otra lo puede ser en este incierto mundo: el camino por el cual ahora transitan nuestros gobernantes en Vietnam no lleva solamente a lo que Walter Lippmann correctamente dijo, lágrimas amargas. Su destino es el agobiamiento y el desastre nacional. El curso de la Decadencia y caída del imperio norteamericano ha sido trazado ahora para el gran público.

Este artículo apareció en el Nº 12 del Vol. 16 de la edición norteamericana de MR.

LA HAZAÑA DE PAUL BARAN

Harry Magdoff

El autor de este artículo, economista de la era del New Deal y responsable, durante la guerra, de la planificación y el control de las industrias manufactureras claves, estuvo posteriormente a cargo de la publicación mensual del Departamento de Comercio, *Survey of Current Business*, y fue asistente especial del secretario de Comercio. Es autor de *Production, Employment and Productivity in 59 Manufacturing Industries*, y conferenciante de cuestiones económicas en la Nueva Escuela de Investigación Social.

Paul Baran fue un científico social y un marxista. Si bien la economía constituía el campo principal de sus estudios, el interés por lo económico y la aproximación al análisis de los hechos de esa índole eran, en él, parte inseparable de una búsqueda constante orientada a comprender mejor la sociedad humana: a descubrir cómo funciona y de qué manera puede ser modificada en beneficio del hombre. Encontró en los estudios y en el pensamiento de Marx la explicación más satisfactoria de cómo y por qué cambian las sociedades, del origen y desarrollo de la sociedad capitalista y de la transformación de la sociedad capitalista en socialista.

Por cierto que Baran sabía tanto sobre los escritos de Marx como cualquier otro "especialista en marxismo". Pero él no aplicaba este conocimiento para oficiar de mero comentarista o interpretador de Marx. Ni procuraba, en sus estudios sobre la sociedad contemporánea, ajustar los hechos dentro de un esquema marxista preconcebido. En vez de ello adoptó para sí el modo de pensar de Marx: virtualmente respiraba el marxismo. No sólo asimiló los análisis de Marx, sino que aprendió de Marx a formular los interrogantes que importan y a descubrir las relaciones significativas entre la infinitud de los fenómenos económicos y

sociales. Enfrentado a los cambios que se operan en el capitalismo monopolista, en el imperialismo y en la construcción del socialismo, no buscaba la cita apropiada para apoyarse en ella. Antes bien, se preguntaba: ¿cómo hubiera encarado Marx este problema? Ello involucraba una búsqueda persistente, una lucha con los hechos nuevos y las nuevas teorías para identificar aquéllos que son significativos y relevantes. Exigía también una perpetua reconsideración de las hipótesis de Marx a la luz de los datos y acontecimientos nuevos.

Baran acometió sus estudios con brillantez e indesmayable curiosidad, aplicando a ellos una mentalidad bien dotada y adiestrada. Los avatares de la vida le llevaron a explorar y asimilar tres culturas distintas: la rusa, la alemana y la anglo-norteamericana. Estas tres culturas se combinaron en Baran a la perfección, enriqueciendo sus conocimientos y su competencia analítica.

Por sobre todo, Baran era un hombre apasionado: un apasionado por la búsqueda de la verdad, y de los fines útiles de esa misma verdad. No era la verdad en sí misma y por sí misma lo que buscaba, sino el conocimiento y la comprensión de aquello que pudiera servir para eliminar la pobreza y demás calamidades sociales. Su credo quedó expuesto con vigor en "El compromiso del intelectual" (MR Selecciones en Castellano, N° 1). Según sus propias palabras:

"El deseo de decir la verdad es por lo tanto sólo una de las condiciones necesarias del intelectual. La otra es la valentía, la disposición a continuar la investigación racional, hasta dondequiera que ella conduzca, a acometer la "crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en el sentido de que no ha de echarse atrás ni por asustarse de sus propias conclusiones ni por conflictos con cualquier poder que sea" (Marx). Un intelectual es de tal modo, en esencia, un *crítico social*, una persona cuya preocupación es identificar, analizar y por esa vía contribuir a superar los obstáculos que se oponen a un orden social mejor, más humano y más racional."

El mismo artículo del que ha sido tomada esta cita es un testimonio del compromiso de Baran. Por que ése no fue un artículo solicitado por los directores de *Monthly Review* y, evidentemente, no estaba destinado a realzar su prestigio profesional. Sintió que debía escribir ese artículo del mismo modo que sintió la necesidad de gritar contra la invasión de Cuba y contra todas las lacras del imperialismo: tal era su responsabilidad como estudioso y como ciudadano. Le perturbaba profundamente la apatía e indiferencia de sus colegas sociólogos, y adhería de todo corazón a la máxima de Goethe de que "uno debe de tanto en tanto repetir aquello en lo cual cree, proclamar aquello con lo cual está de acuerdo y aquello que

condena" (*). De ahí que le fuera imperioso expresar su pensamiento. Al aceptar la tesis de Marx, "Los filósofos no han hecho sino *interpretar* el mundo de varias maneras; de lo que se trata, empero, es de *cambiarlo*", insistía, efectivamente, en que los científicos sociales de los Estados Unidos, precisamente por olvidar la necesidad de cambiar el mundo, han pasado a ser falsos e impotentes interpretadores.

Pasión y objetividad, según los criterios comúnmente aceptados, son consideradas en el ámbito de las ciencias sociales como dos cosas que mutuamente se excluyen. Se admite que un buen general deba y pueda ser, a la vez, un hombre apasionado y un realista de imperturbable serenidad. Pero no ocurre lo mismo con el sociólogo: al parecer, no es posible confiar en que éste pueda reconocer y respetar la verdad cuando la sienta con excesiva fuerza. Indudablemente, la pasión *puede* interferir la objetividad, pero es igualmente cierto que la mera apariencia de la objetividad puede servir para el ocultamiento de la verdad. El excesivo interés en parecer objetivo puede conducir a ignorar las conclusiones implícitas sobre la permanencia de las instituciones estudiadas y, consecuentemente, a una dócil aceptación de los mitos que se han generado en el proceso de intentar que tal permanencia quede garantizada. Puede llevar asimismo a limitar el estudio a las zonas seguras, aunque relativamente insignificantes, esto es, a aquéllas en que la controversia puede desarrollarse dentro de las normas de la urbanidad.

Un hombre como Baran no podía aceptar el carácter excluyente de la pasión y la verdad. La real objetividad significaba, para él, hacer frente al conflicto entre la pasión y la comprensión de la realidad. Entendía que la influencia de una sobre la otra y la lucha entre ambas eran parte del proceso de la búsqueda incesante de la verdad objetiva. La lucha no le era ajena. Se veía como un luchador en todas sus actividades: era la suya una lucha por el conocimiento, por la derrota de la irracionalidad, por el progreso del hombre.

LA CUALIDAD DEL PENSAMIENTO DE BARAN

Los caminos que llevan al conocimiento y al hallazgo son diversos. Los exploradores escogen sus caminos de maneras distintas, influidos por sus maestros, su medio y sus personalidades individuales. Si quiere uno comprender y apreciar a un pensador original, no basta meramente con clasificarlo, digamos, como marxista. Lo más importante es aquello

(*) Ver su carta escrita desde Moscú el 29 de agosto de 1957 citada en nuestro número anterior, página 50.

que extrae de Marx para su uso particular, y cómo aplica estos aspectos del pensamiento de Marx.

Aunque Baran admitía los procedimientos formales del estudio académico clásico sobre la economía, e incluso admiraba la estética del razonamiento matemático, prefería no guiarse por estas líneas de investigación porque ellas, en lo fundamental, no conducen a una comprensión más perfecta de los problemas importantes de la sociedad capitalista y constituyen, a menudo, un medio de eludir esos problemas. El perfeccionar incluso instrumentos tan importantes para el análisis moderno como lo son las programaciones lineales y de producción y consumo podría contribuir a la mayor eficiencia de una economía planificada, pero de poco serviría para transformar una sociedad irracional en racional. A manera de síntesis de su propio plan de estudio, Baran escogió esta oportuna cita de J. D. Bernal como epígrafe de su obra maestra, *La economía política del crecimiento*: "Lo que la ciencia social necesita es menos técnicas elaboradas y más valentía para acometer los problemas fundamentales, en vez de soslayarlos. Pero exigir tal cosa es ignorar las razones sociales que han hecho de la ciencia social lo que es".

La senda marcada por Baran hacia la mejor comprensión de los problemas fundamentales consiste en buscar la síntesis, la aproximación unitaria a las diversas tendencias de la economía, la política, los problemas sociales y la cultura. No quiero decir con esto que él esperara encontrar una fórmula simple, universal, capaz de explicar los más dispares fenómenos sociales y culturales. Eso rayaría en el misticismo. La permanente aproximación a la síntesis significaba para Baran que cada fase de la sociedad debía estudiarse no como cosa aislada, sino en términos de la influencia que proyecta sobre el resto de la sociedad, y de la que a su vez recibe de ésta. No se trata de elaborar una larga lista de todas las interconexiones posibles, causales o temporales. Si se trata de descubrir aquellas interrelaciones importantes que explican cómo surgen y desaparecen los fenómenos, y cómo se comportan (o funcionan) éstos en el medio en que se producen. De tal estudio de lo concreto en su propio medio deriva la capacidad para identificar los elementos comunes y llegar, en consecuencia, a las generalizaciones que conducen a las síntesis apropiadas. Pero el proceso no termina allí. Porque las síntesis deben a su vez utilizarse para reconsiderar las interrelaciones concretas, con lo cual se verifican las generalizaciones y se pueden anticipar los hechos nuevos dentro de la sociedad.

Esta aproximación es bien distinta de las prácticas escolásticas habituales de nuestro tiempo. La separación de las disciplinas, junto con los métodos imperantes en la educación y el adiestramiento, inhiben incluso

a los pensadores más valerosos. Como todas las disciplinas se desenvuelven según sus propias reglas, cada una denota una tendencia, poderosamente fomentada por impulsos burocráticos, a tornarse cada vez más pura y más abstracta en su aislamiento. Cuando los profesionales empiezan a sentirse incómodos por la evidente esterilidad de los resultados conseguidos, o cuando se ven frente a una disparidad flagrante entre la teoría y la realidad, dan en mirar hacia afuera en busca de nuevas ideas. En circunstancias semejantes, los economistas esperan percepciones novedosas de los sociólogos, los sociólogos las esperan de los expertos en ciencias políticas, etc.; y generalmente se añade una pequeña dosis de psicoanálisis improvisado, como extremo recurso. Pero para entonces es ya demasiado tarde. Las viejas definiciones y los modos usuales de pensar, perfeccionados en la totalidad de su aislada pureza, se encuentran encallecidos. La adición de las llamadas variables nuevas no produce la síntesis; el resultado es una mera mezcla de ideas.

El aspecto estratégico del pensamiento de Baran, siguiendo el ejemplo de Marx, consistió en distinguir la sociedad capitalista de las sociedades pasadas y futuras, y estudiarla, de tal modo, como un organismo en desarrollo. En vez de agregar simplemente historia y sociología a lo económico, como si se tratara de una receta de cocina, el examinar el capitalismo como sistema social *sui generis* posibilita el hallazgo de distinciones importantes entre los atributos que son comunes a todas las sociedades y aquéllos que pertenecen exclusivamente al sistema capitalista. Este modo de pensamiento proporciona la estructura apta para examinar concretamente las interrelaciones de las diferentes partes, y permite al estudioso llegar a los principios unificadores que demarcan las distintas etapas de la sociedad capitalista a medida que ésta se desarrolla y cambia.

Esta aproximación involucra también un punto de vista crítico. El analista debe explorar no solamente los orígenes y causas efectivas del crecimiento del sistema y sus instituciones, sino también los factores de su eclipse y transformación. Para entender el desarrollo y el cambio debe uno buscar con ahínco lo negativo y comprender la interacción y la lucha entre lo negativo y lo positivo, entre las fuerzas que tienden a preservar el *statu quo* y las fuerzas que empujan al cambio. El papel de crítico se adaptaba bien a Baran. Su desprecio por la complacencia, su agudo sentido de la ironía y su odio hacia el fingimiento y la irracionalidad, añadieron sabor a su análisis crítico de la sociedad. Fue, sin embargo, un crítico en el mejor sentido del término. El propósito de su crítica era la persecución indesmayable de la verdad, y por eso apelaba a cuanto pudiera ayudarle para llegar a ella. Le era preciso, en consecuencia, examinar todos los hechos nuevos; todas las nuevas ideas y teorías tenían que ser comprendidas y evaluadas. Por la misma razón ne-

cesitaba exponer y combatir los mitos e ilusiones imperantes, que se amparan bajo la bandera de la ciencia social. Pero este ataque tenía por finalidad allanar el camino hacia una comprensión más perfecta de la realidad. Era un crítico de la sociedad capitalista, pero en él, lo mismo que en Marx, eso formaba parte del avance hacia una sociedad mejor.

Si alguna fe profesaba Baran, era su inmovible confianza en la capacidad del hombre para aplicarla al mejoramiento de su bien y del progreso humano. Si hubiera creído en Satanás, el demonio más maligno habría sido para él la irracionalidad. Pero la razón objetiva, según Baran, no era un don de Dios ni algo independiente del hombre: era un producto del hombre con raíces en la expansión y profundización de su entendimiento acerca de la naturaleza de la sociedad. De modo que la búsqueda de la razón se traducía en la exploración concreta y en la explotación práctica de las condiciones naturales y sociales del progreso. La irracionalidad que era preciso combatir no consistía meramente en la superstición o el misticismo, sino que estaba dada por la falta de fe en la razón objetiva como tal, y en la capacidad del hombre para aplicarla al mejoramiento de su destino.

LOS FRACASOS DE LA ECONOMIA BURGUESA

La falta de fe de los economistas burgueses en la razón objetiva del hombre constituía el meollo de las polémicas entre Baran y sus colegas. Porque los economistas, en su afán de encontrar la racionalidad de una economía de mercado, terminan por creer que una economía sólo puede funcionar racionalmente a través del mercado. Del mismo modo que en la religión —parafraseando a Marx— el producto de la mente del hombre se personifica en un dios y en un conjunto de reglas que gobiernan el destino del hombre, la anarquía del mercado, tal como la concibe la mente de los economistas, se convierte para ellos en la verdadera razón objetiva (*). Las fallas que los economistas descubren en las cuestiones de su materia las atribuyen a interferencias producidas en el mercado por culpa de los monopolios, los sindicatos fuertes o los malos gobiernos. Y los economistas que tienen el arrojo suficiente para cuestionar la omnisciencia universal del mercado, esto es, los agnósticos, reducen toda su receta a aplicarle a éste remiendos políticos.

(*) La poderosa influencia de estos preconceptos ideológicos puede ser apreciada a través del debate abierto sobre los problemas económicos en los países socialistas. Una reacción muy frecuente frente a las distorsiones y los abusos de la planificación centralizada es el culto sin reservas que se profesa al mercado como si fuera un curalotodo milagroso.

Los economistas académicos no han podido aceptar la crítica de Marx al fetichismo de las mercancías, ni las conclusiones que de ella derivan: el mercado no es ni la forma más alta de la sabiduría humana ni una necesidad de la naturaleza, sino el producto y reflejo de fuerzas sociales creadas por el hombre; la racionalidad del mercado consiste en que es éste un medio racional para el funcionamiento de las instituciones del capitalismo, y opera de modo de producir las relaciones sociales y económicas del capitalismo. Inhibidos de apreciar la naturaleza de esta conexión entre el mercado y las fuerzas sociales, los economistas burgueses se revelan igualmente incapaces de comprender las limitaciones de sus propios análisis. La estructura de ideas que a su entender demuestra la "racionalidad" del mercado ha sido construida, en realidad, con axiomas y definiciones que tienden a dar por sentadas las conclusiones —a veces explícitamente, pero más a menudo en forma implícita, por el tratamiento de los fenómenos económicos como si fueran hechos aislados e independientes de su desarrollo histórico.

Como resultado de estas limitaciones, el economista académico se encuentra mal preparado para el estudio objetivo de la irracionalidad del mercado, evidenciada en fenómenos tales como la desocupación constante, la pobreza, la super-explotación del negro, el derroche y el estancamiento. Está en particular desventaja cuando intenta descifrar la relación entre la parálisis de las zonas subdesarrolladas y el funcionamiento de las naciones industriales avanzadas. Peculiarmente extraño a su línea de pensamiento es el concepto de que las naciones atrasadas son parte integrante del sistema de mercado de las naciones avanzadas, la idea de que los mercados mundiales "racionales" y sus instituciones funcionan de manera tal de reproducir continuamente el atraso y la dependencia económica de las naciones subdesarrolladas.

La teoría económica burguesa, en otras palabras, es por su misma naturaleza incapaz de explicar por qué el capitalismo promueve el desarrollo rápido de los recursos productivos en un sector relativamente pequeño del sistema capitalista mundial y opera como freno al crecimiento de la productividad en el resto del mundo capitalista. La teoría económica moderna (posterior a Ricardo y John Stuart Mill) creció y prosperó dirigiendo su atención a los aspectos mecánicos de un mercado en equilibrio, y al modo en que el mercado consigue tal equilibrio. Las incógnitas subyacentes formuladas por los economistas se referían a los aspectos estáticos de un sistema intrínsecamente armonioso. La línea de pensamiento que evolucionó dentro de los límites restrictivos del estudio de un equilibrio estático sigue predominando en los análisis de estos economistas cuando ellos modifican sus modelos y ecuaciones para tratar de explicar los cambios dinámicos a través del tiempo. Ni siquiera la "revo-

lución keynesiana”, a pesar de incorporar un análisis teórico de las fluctuaciones comerciales dentro del núcleo central del pensamiento económico, pudo superar las limitaciones impuestas por la dedicación a lo inmediato y el olvido de los problemas seculares del crecimiento y la declinación.

En los últimos años —desde poco antes de comenzar la guerra, pero especialmente en el período posbélico— ha sido cada vez mayor el número de los economistas que comenzaron a indagar las cuestiones del desarrollo económico. Se imponía desarrollar herramientas nuevas para este estudio y, cosa interesante, las que se idearon resultaron ser un redescubrimiento de las herramientas de Marx, o bien derivadas directas de éste. Pero lo importante, cuando se habla de herramientas, es cómo se usan, y en tal sentido resulta lamentable consignar que estas incursiones en el análisis dinámico, a despecho de su afinidad formal con el pensamiento marxista, son por lo común completamente estériles. Ello se debe a que dicho análisis dinámico, cada vez más refinado matemáticamente, tiene todas las debilidades del método abstracto y antihistórico de la teoría económica tradicional. La moderna teoría del crecimiento no examina críticamente los supuestos básicos de la economía tradicional para encontrar dónde está su falla; esta nueva teoría es en gran medida un mero apéndice de la vieja.

La ausencia de una teoría vital se revela claramente en los múltiples estudios sobre el retardo del crecimiento en los países subdesarrollados. Dichos estudios constituyen a menudo excelentes aportes para un examen descriptivo de los diversos problemas que aquejan a estas sociedades. Pero su eficacia se limita en general al recitado y la documentación de una larga serie de detalles sobre males y adversidades. Las tentativas de diagnóstico se concentran por lo común en uno o dos síntomas de la dolencia. La población crece muy rápido, o el capital disponible es insuficiente, o existen muy pocos empresarios emprendedores. Los remedios propuestos, originados en un diagnóstico superficial, apuntan más bien a los síntomas que a las causas. No es de sorprender que las frustraciones producidas por el contraste entre la teoría y la realidad allanen el camino a explicaciones no económicas. Se recurre, por ejemplo, a conceptos antropológicos sobre la incompatibilidad entre sistemas de valores de culturas diferentes, o a “explicaciones” psicológicas acerca del momento y el lugar en que las élites dinámicas (sobrenombre amable de los capitalistas al estilo occidental) alcanzaron su elevado status social.

Por último, la pobreza de la economía tradicional, especialmente cuando trata del desarrollo, deriva de los principales tabúes de la profesión: se está contra el empleo de la planificación económica socialista para desarrollar los recursos productivos, y contra el análisis del rol del

imperialismo como instrumento para mantener el atraso de los países subdesarrollados. En estos aspectos, la situación actual —salvo rarísimas excepciones—, es la que describe Veblen en *The Higher Learning in America*, cuando puntualiza que los científicos sociales “son libres de expresar con toda amplitud cualesquiera conclusiones o convicciones a que pueda llevarles su investigación. Que puedan hacerlo así es una circunstancia afortunada, atribuible al hecho de que su horizonte intelectual está demarcado por los mismos límites de preconceitos y lugares comunes que las opiniones prevalecientes en la clase media conservadora”.

Estos preconceitos se reflejan en el culto a la racionalidad del mercado y en la correspondiente incapacidad para entender las revoluciones sociales que, mediante el reemplazo de la clase que controla el poder económico y social, asumen la dirección de la economía para alcanzar objetivos claramente definidos. Después de todo, ¿cómo sabe uno si esos objetivos son racionales, dado que no existe un mercado libre a través del cual se pueda juzgarlos? A los economistas les preocupa la alteración de los mercados habituales y las inevitables ineficiencias que acompañan a una revolución como la de Cuba, pero no contrapesan estos aspectos negativos con el hecho de que por primera vez *todos* los niños cubanos gozan de la primera prioridad en la provisión de una ración mínima de leche, o de que por fin se ha superado el problema del analfabetismo. Saludan los éxitos reflejados en el rápido crecimiento de la economía mexicana, pero no reconocen que este crecimiento entraña una distribución de recursos económicos merced a la cual el 24 por ciento de la población de más de un año de edad no come *nunca* pescado, carne, leche o huevos (*).

Esto no quiere decir que los académicos en tanto que individuos no se conmuevan con el sufrimiento, o que lo ignoren. Pero su tarea, como “científicos”, es explicar el sistema social existente y ayudarlo a que funcione mejor. La planificación económica socialista simplemente no figura en su agenda como alternativa de las reformas que proponen. Y aquí, como lo demuestra vividamente el caso del imperialismo, asoma la cabeza el interés nacional. Un excelente ejemplo del tabú levantado contra todo análisis del imperialismo lo constituye la experiencia que vivió Paul Baran para colocar su precursor ensayo “Sobre la economía política del atraso”. Pasaron dos años y hubo una cantidad de cartas de rechazo antes de que apareciera un editor dispuesto a publicar esa exposición vigorosa y brillante de la tesis ampliada más tarde en *La economía política del crecimiento*. Dos de las cartas de rechazo pueden figurar juntas en un manual sobre el imperialismo. La primera pertenece a un economista británico de

(*) Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, 1960-1961, México, 1963, p. 30.

fama mundial, quien explica con la mayor cortesía que, a despecho de las múltiples calidades del artículo, no podía aceptarlo sin más para publicación porque el modelo de país subdesarrollado que describe Baran es demasiado general. Con seguridad la exposición de Baran sobre el modo en que actúa el imperialismo no se aplica adecuadamente a las actuales o antiguas colonias británicas. Quizás el artículo de Baran se aproximaría más a la verdad si limitara su modelo a América Latina. La carta de rechazo procedente de un economista norteamericano alegaba que si bien el estudio podía constituir un análisis útil sobre el atraso y el imperialismo en el resto del mundo, con seguridad no se aplicaba a Latinoamérica, donde se estaban operando reformas progresistas.

El ensayo encontró cabida por fin en la relativamente oscura *Manchester School of Economics and Social Studies*, de enero de 1952. Produjo una impresión notable en el mundo colonial, incluidos América latina y la esfera británica, donde las descripciones generales sobre la naturaleza y las causas del atraso fueron reconocidas e identificadas inmediatamente.

La recepción dada a este artículo fue una mera señal premonitrice de la conmoción que produjo en los países subdesarrollados la *Economía política del crecimiento*. He ahí por fin, una análisis integral capaz de abrir camino al desarrollo de programas específicos para transformar las economías estancadas y retrógradas. Nadie advirtió mejor que el propio Baran que su obra no era la última palabra y que se necesitaba mucho más estudio e investigación. Pero su franco análisis provee las bases y la inspiración necesarias para seguir trabajando en las rutas que él abriera. Sirve también como libro de texto para educar a aquéllos que van a llevar a cabo la transformación, y como guía utilísima de las tareas que deben acometerse. Los ejemplares de este libro que se encuentran en los anaqueles de los líderes de la Revolución Cubana están ajados ya por las marcas de los dedos y exhiben subrayados en profusión. Así como resulta insólito encontrar un ejemplar en las librerías norteamericanas, es raro que no se vea en las de la ciudad de México, exhibida con gran despliegue, la edición castellana de la obra.

SU APORTE MARXISTA

La vitalidad y significación de *La economía política del crecimiento* surge del hecho de que tiene profundas raíces en la línea del pensamiento marxista. Porque el conjunto del análisis económico y social marxista proporciona el mecanismo más eficaz para comprender los problemas del desarrollo económico. El pensamiento de Marx se dirige precisamente

a los problemas de crecimiento, conflictos de clase, cambios sociales y transformaciones de las sociedades; y son éstos los problemas inmediatos del mundo subdesarrollado. Más aún: el método de análisis que aplicó al estudio de la sociedad como organismo en desarrollo y a las diferencias producidas por el cambio histórico provee al economista herramientas diseñadas especialmente para penetrar la complejidad de las sociedades subdesarrolladas, y para poner al desnudo, según la expresión de Baran, la "morfología del atraso". (Es difícil abstenerse de poner en relieve, al pasar, la paradoja de que sea Marx, el crítico, quien aporte los instrumentos más eficaces para estudiar el crecimiento, debido a la atención preponderante que prestó al problema de la acumulación de capital —en términos de su origen histórico y como fuerza motora del capitalismo—. Los científicos del *statu quo*, por su parte, ofrecen muy poca ayuda y con frecuencia desorienta, porque sus energías mentales se han enfocado en el equilibrio o, a lo sumo, en la mecánica del ciclo comercial.)

Si bien la obra de Marx proveía la clave, algunos de los conceptos y modos de pensamiento que surgieron después en el medio marxista necesitaban ser previamente desechados. Uno de los obstáculos principales al análisis constructivo en ese sector fue la aceptación, implícita o explícita, de una estructura rígida de etapas económicas en el desarrollo social. Como Europa occidental pasó por una fase de feudalismo antes de la fase capitalista, y ésta iba a resultar la precursora del socialismo, muchos seguidores de Marx dieron por sentado que tal progresión constituía una ley necesaria del desarrollo social. Tal vez resulte superfluo, por lo evidente, destacar aquí que semejante concepto es extraño al pensamiento científico y, por lo mismo, al pensamiento marxista. Lo más notable de la aproximación de Marx es el descubrimiento de verdades generales acerca de los cambios específicos operados en las áreas y en los períodos que él estudió, basado en la evidencia de que se disponía entonces. A partir de esto, Marx llegó a identificar —separando los elementos primarios de los secundarios— las interrelaciones *necesarias* que explicaban las transformaciones históricas de las sociedades humanas. Aceptar estas generalizaciones como la guía más fructífera para internarse en los problemas de la historia y la ciencia social no significa la admisión de un esquema supra-histórico para todos los pueblos, con prescindencia de los acontecimientos históricos específicos. Tal aceptación sería misticismo, no ciencia.

La búsqueda de un esquema de cambio social rígido, evolucionante y "marxista" indujo a sobrevalorar los rasgos feudales —o aparentemente feudales— de las sociedades subdesarrolladas, coloniales. El énfasis especial acerca del feudalismo se fundamentaba no tanto en un examen crítico de esa forma de sociedad y sus relaciones específicas con referencia a

la tierra, sino más bien, y con harta frecuencia, en los preconceptos del investigador y en las similitudes superficiales entre los rasgos del país investigado y los del feudalismo clásico (generalmente una imagen idealizada de lo que se supone que debió haber sido el feudalismo) (*). A este esquema rígido de desarrollo se le superpuso luego la función del imperialismo, empeñada en profundizar esos rasgos aparentemente feudales. De ello se dedujo que las clases medias se veían impedidas de zafarse de su yugo feudal por la protección que prestaba a este último el imperialismo político y económico. Por lo tanto tenía que darse una temporalidad identidad de intereses, en la lucha por la independencia nacional, entre las masas oprimidas y los miembros de la burguesía que tienen espíritu nacionalista y quieren, además, eliminar a los protectores de las restricciones feudales que traban el crecimiento del capitalismo industrial. El período entre la transición del feudalismo al capitalismo y la transición del capitalismo al socialismo debía ser relativamente breve, pero lo más razonable era esperar una evolución en dos etapas en torno a este esquema.

Hay varios supuestos implícitos en este punto de vista: 1) Sectores importantes de la burguesía no sólo apoyarán la lucha por la independencia política sino también las medidas necesarias para la independencia económica frente al imperialismo. 2) La independencia económica puede lograrse sin interrumpir (o destruir) los canales del comercio, las instituciones financieras y las relaciones de mercado (incluida la estructura de precios y ganancias) de los cuales depende la burguesía ansiosa de independencia para asegurar su prosperidad. 3) Después que se eliminan la dominación imperialista y el yugo feudal, la burguesía nacional puede promover una industrialización bastante rápida, bajo las condiciones del presente, sin recurrir a monopolios protegidos por el estado que actuarían como frenos de la competencia necesaria para expandir la industrialización. 4) Los grilletes del feudalismo-imperialismo pueden ser eliminados sin la participación revolucionaria de las clases oprimidas, o bien, si estas intervienen, pueden llevar a cabo la revolución sin persistir en objetivos adicionales hostiles a los intereses de la burguesía industrializadora.

La precedente caracterización del análisis marxista "rígido" y sus implicaciones, ha sido deliberadamente exagerado en el intento de clari-

(*) La existencia de ciertos tipos de relaciones económicas dependientes, basadas en el privilegio, no constituye evidencia suficiente para caracterizar una sociedad feudal o semifeudal; como tampoco la existencia de la esclavitud en los Estados Unidos convierte a éstos —ni siquiera a la región del sur— en una sociedad esclava. La esclavitud en los Estados Unidos fue en rigor un rasgo especial del capitalismo norteamericano.

ficar el valor del aporte de Baran. De hecho Baran, en mi opinión, estaba influido por alguno de estos preconceptos, y no llegó a liberarse totalmente. Pero su independencia de pensamiento, su estudio intensivo y su talento para la síntesis le permitieron ofrecer una ampliación sumamente valiosa del análisis del imperialismo, la cual constituye una mayor aproximación a la verdad y, como se indicó más arriba, señala el camino hacia un estudio más realista y hacia el desarrollo de programas más eficaces.

EL ANALISIS DEL DESARROLLO EN BARAN

El presente análisis del aporte de Baran al pensamiento económico y social está centrado en su análisis del subdesarrollo. Nos ha iluminado e ilustrado también en otros campos. El grueso de su obra relativa a esos otros campos, incluso la parte de *La economía política del desarrollo* que no analizamos aquí, concierne al análisis del capitalismo monopolista en los Estados Unidos. Su labor sobre este tema alcanzará sin duda, en el próximo volumen escrito en colaboración con Paul M. Sweezy, formas más acabadas que en los ensayos sueltos y capítulos anteriores. Corresponde que la evaluación de esta parte de su obra aguarde a la ansiada publicación del volumen de los dos Paul.

Cabe mencionar, empero, el concepto del superávit económico que Baran aplicó como mecanismo analítico unificador al estudiar el capitalismo monopolista en las sociedades industrialistas avanzadas, los problemas del subdesarrollo y la construcción de una sociedad socialista. Si bien la inspiración del concepto tal como lo usa Baran proviene de Marx, es importante reconocer que existe una diferencia muy importante entre el tratamiento del concepto de "superávit económico" por parte de Baran y la teoría de Marx sobre plusvalía.

En su teoría del valor y de la plusvalía Marx buscó —teniendo en cuenta el desarrollo histórico y analítico (la dialéctica interna estilo Hegel)— la formulación de un conjunto unificador de principios para explicar los orígenes del capitalismo y la naturaleza de su crecimiento, desarrollo y declinación. La teoría apuntaba a explicar, entre otras cosas: 1) el desarrollo histórico del capital en sí mismo y su cambio de capital mercantil a capital industrial; 2) la distribución de la renta y las luchas por esa distribución; 3) la naturaleza y los límites de la lucha económica y política alrededor de la jornada laboral y las condiciones de trabajo en la fábrica; 4) el aumento de la productividad y el avance de la tecnología; y 5) la tendencia a acumular capital, desde su origen histórico en la acumulación primitiva hasta su ubicación como fuerza que controla la expansión y contracción de las economías capitalistas. La realización de todo esto requería una compleja construcción analítica y una gran solidez téc-

nica. Porque Marx no sólo pretendía mostrar cómo se recrea continuamente el proceso del intercambio a través del valor de cambio y la plusvalía, que son las compulsiones sociales de las relaciones capitalistas; intentó también explicar de qué manera la economía capitalista, operando a través del mercado, se reproduce y al mismo tiempo crea las condiciones para la expansión de los mercados internos y la acumulación de capital.

Ahora el complejo concepto técnico de la plusvalía tiene su base en una idea mucho más sencilla: Una economía, con una determinada técnica de producción, puede continuar funcionando a un nivel dado sólo a condición de que produzca mercancías suficientes para mantener a los trabajadores con vida y en actividad y para reemplazar las herramientas de producción; una economía sólo puede crecer si es capaz de producir un exceso —superávit— por encima de la cantidad necesaria para reemplazar al trabajador y las herramientas. El superávit —su magnitud y modos de empleo— determina el crecimiento potencial de una economía. La teoría de Marx se vio obligada a explicar cómo se crea este superávit y cómo se lo utiliza en el desarrollo histórico y el funcionamiento del capitalismo; Baran, por su parte, aplicó sólo el concepto "simple" del superávit económico (enriquecido por el estudio y la teoría de Marx), y lo usó como dispositivo más general, en cierto grado con fines pedagógicos. Porque Baran no examina el superávit real en todas sus fases de desarrollo; en este sentido, dio por sentada la obra de Marx y centró su propia atención, primordialmente, en lo que llamaba el superávit *potencial*. Este último es un concepto activo, operativo: conduce a la comprensión del derroche, de la ineficacia y de las posibilidades no realizadas del capitalismo monopolista; lleva también al reconocimiento de que las verdaderas necesidades de progreso sustancial de las sociedades subdesarrolladas sólo pueden ser satisfechas por una nueva organización social y económica que sea capaz de movilizar el superávit potencial y ponerlo en acción en interés del pueblo.

El diagnóstico de Baran es rico en detalles y abarca sutiles variaciones en los problemas de las diferentes partes del globo. Debemos contentarnos con una esquemática reseña de su argumentación.

Baran sostiene que las causas raíces del atraso económico y social de nuestra era se encuentran en el imperialismo. El imperialismo funcionó de manera distinta en la India, Africa, América Latina y otras áreas coloniales, condicionado por las variaciones de las circunstancias históricas en la metrópoli y en las propias áreas coloniales. Pero las fuerzas del imperialismo, cualesquiera sean las formas específicas que puedan asumir, han tenido efectos similares en las mismas zonas coloniales: tornaron más duro y pesado el yugo del capitalismo *mercantil* en las naciones

colonizadas, y retardaron, cuando no impidieron por completo, la transformación de este capitalismo mercantil en capitalismo *industrial*.

El poder imperialista modeló una sociedad estable y servil: por un lado, protegiendo y fortaleciendo el orden mercantil-feudal, y por el otro, impidiendo el desarrollo de una clase media revolucionaria, mediante la estrangulación del capitalismo industrial nativo. Los sistemas sociales resultantes en estas áreas están bajo el control de una coalición política y social de ricos compradores, monopolistas especialmente favorecidos por el estado y grandes terratenientes —todos ellos dedicados a la defensa de la estructura económica existente y sus lazos establecidos con el centro metropolitano.

La consecuencia neta de este tipo de estructura social y económica es un crecimiento lento y disparate, estimulado en parte por las inversiones y la caridad. El crecimiento retardado se disipa generalmente bajo el efecto del aumento acelerado de la población, la corrupción del gobierno y el derroche de recursos por parte de la oligarquía dirigente. Las causas del crecimiento retardado desde luego que *no* son las que identifican los economistas académicos: escasez de capital, falta de espíritu emprendedor o superpoblación. Estos son los síntomas, no las causas, y ellos reflejan la organización social y económica existente.

Una transformación sustantiva del crecimiento retardado —y del hambre, la enfermedad y la miseria relacionados con él— sólo puede operarse a través de cambios estructurales vastos y de largo alcance. Se necesitan grandes inversiones en construcción y maquinarias, planificación a largo plazo y la superación de las ataduras de origen tradicional para que tales naciones entren en velocidad y consigan un aumento importante y continuo de la producción y de la capacidad productiva, para contrapesar el crecimiento de la población y provocar una elevación significativa de los niveles de vida.

Pero esto involucra una drástica reorganización de la sociedad, una movilización integral de los potenciales creadores, y la apropiación y el control del superávit económico que ahora fluye a los bolsillos de los ricos.

Es condición necesaria para lograr una reorganización tan radical de la sociedad la independencia política de la nación —la liberación del control directo de un estado extranjero, o del control indirecto, más "democrático", de una potencia imperialista fuerte. Otorgada la independencia política, según Baran, pueden superarse algunos de los obstáculos del desarrollo económico y social. Pero esto no elimina la opresión y explotación del campesinado por la aristocracia terrateniente, ni la estrangulación del desarrollo industrial por el comercio monopolista.

Más aun: el imperialismo como sistema efectivo de control no queda eliminado automáticamente por la independencia política. La estructura

económica que fue erigida como parte del sistema de mercado, y la modalidad de inversión de los centros metropolitanos siguen en pie. Y con ellos sigue en pie la dependencia económica. Mientras tanto, las débiles coaliciones de grupos socialmente heterogéneos que rigen las nuevas naciones independientes afrontan procesos de desintegración, acelerados por una intensificación del conflicto interno de clases que deriva de la creciente aspiración popular a la liberación social y nacional.

La única solución racional a los problemas del atraso y la dependencia económica es la planificación socialista. En la medida en que requiere un cambio en la ubicación del poder de clase, y la eliminación del control sobre los recursos económicos por parte de los socios de las potencias imperialistas, ofrece el medio para movilizar un superávit económico que excede con mucho el superávit "normal", y una oportunidad para la utilización efectiva del superávit al servicio del crecimiento rápido de las energías productivas.

Los acontecimientos económicos trascendentes ya sea bajo la planificación económica socialista o bajo la forma de una ruptura en la estructura capitalista, son contrarias a los intereses de las clases dominantes en las naciones capitalistas avanzadas. La tarea del imperialismo en nuestro tiempo consiste, por lo tanto, en frenar y *controlar* el desarrollo económico. En reemplazo de la carga del hombre blanco y la introducción de la "civilización", el desarrollo económico guiado por las metrópolis se convierte en la racionalización del imperialismo de nuestros días. Las garras del liberalismo aparecen cuando un país arranca por su propio impulso hacia el desarrollo económico, y algunas veces cuando sólo ha dado los primeros pasos.

Desde que se publicó el libro de Baran, su tesis sobre la oposición entre el imperialismo y el desarrollo económico independiente ha quedado bien probada de un modo u otro por las actitudes de los Estados Unidos y otras potencias imperialistas en Guatemala, Cuba, Guayana Británica, Brasil, Vietnam, Malasia y el Congo.

Para apreciar toda la significación del aporte de Baran es preciso leer y estudiar el libro en su totalidad. De él podemos aprender mucho, tanto en el espíritu como en la sustancia, y no puede dejar de conmovernos en profundidad su elocuente párrafo final:

"Contribuir al surgimiento de una sociedad en que el desarrollo suplante al estancamiento, en que el crecimiento ocupe el lugar de la decadencia y en que la cultura ponga fin a la barbarie, es la función más noble y, por cierto, la única verdadera de la empresa intelectual. La necesidad del triunfo de la razón sobre el mito, de la victoria de la vida sobre la muerte, no puede probarse por medio de la inferencia lógica. Como dijo alguna vez un gran físico (Max Planck), "la lógica por sí sola es

incapaz de conducir a nadie más allá de los límites de su propia percepción; no puede ni siquiera impulsarlo a admitir la existencia de sus semejantes". Esta necesidad debe descansar en la proposición de que el derecho de la humanidad a la vida, al desarrollo, a la felicidad, no necesita justificación alguna. A través de tal proposición aquella se mantiene o desfallece. Esta proposición constituye, sin embargo, su única, improbable e irrefutable premisa."

Este artículo apareció en el Nº 12 del Vol. 16 de la edición norteamericana de MR.



LIBROS PARA TODOS

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

SUC. PARA CHILE, HUERFANOS 1980 - FONO 62804 - SANTIAGO

ULTIMAS NOVEDADES RECIBIDAS:

COLECCION CUADERNOS:

**Nº 122 - LAS RELACIONES PUBLICAS - JEAN CHAUMELY
Y DENIS HUISMAN**

Dos prestigiosos especialistas en el tema explican en este trabajo el significado de esas dos palabras que, a pesar de hallarse incorporadas al lenguaje cotidiano, se confunden todavía con publicidad y propaganda.

Nº 124 - LA ANTROPOLOGIA FISICA - PIERRE MOREL

El autor de esta obra ubica la antropología física en el amplio cuadro de la etnología y, al señalar semejanzas y diferencias físicas entre las distintas razas y sexos, relaciona causas y factores biológicos con otros de naturaleza social y ambiental.

COLECCION LECTORES DE EUDEBA

**EL DESARROLLO DE LA TEORIA POLITICA - CHARLES
VERECKER**

Charles Verecker, investigador de ciencias sociales de la Universidad de Liverpool, intenta abarcar el desarrollo de la teoría política desde Platón hasta los modernos. Para lograrlo se vale de un original procedimiento que consiste en tomar separadamente algunos grandes temas de teoría política —Justicia, Orden, Derecho, Felicidad, Progreso, Libertad— y comentar los principales escritos que los tratan.

EL ASESINATO DE MALCOLM

Jigs Gardner

Al dar a publicidad este artículo no queremos dar idea de un apoyo a la tesis de que los autores materiales del asesinato de Malcolm X, los hombres que empuñaron las armas fatales hayan tenido motivaciones políticas. Sobre la base de la escasa evidencia disponible parecería razonable concluir que fue víctima de una vendetta en la cual los matadores oficiaron de meros instrumentos. Pero en un sentido más hondo, el único que tiene significación histórica, no nos cabe duda que el asesinato de Malcolm fue un acontecimiento profundamente político. Fue por sus ideas y por su política que representaba una amenaza para los privilegios e intereses creados de poderosos grupos blancos y negros. Cualquiera sea el pretexto inmediato, esta amenaza constituyó ciertamente la razón de fondo por la cual sus enemigos quisieron deshacerse de él.

Los directores

He aquí un hombre que fue asesinado por sus ideas. ¡Pensad en ello! En 1965 en que hemos llegado ya a acostumbrarnos a la hipocresía, la venalidad, la estupidez y la brutalidad de los hombres públicos de este país de tinieblas, Malcolm X fue un héroe, un *mártir*.

Las sociedades secretas, las organizaciones conspirativas son fenómenos comunes a todos los grupos oprimidos, y en especial a los grupos

Jigs Gardner es profesor universitario y ha escrito numerosos ensayos sobre los acontecimientos de actualidad en relación con el socialismo.

minoritarios que arrastran a cuestras una larga historia de opresión e ignorancia forzosa. Rodeadas de misterio, basadas en el exclusivismo, al servicio de una élite, dominadas por el oscurantismo, estas organizaciones son esencialmente reaccionarias, y el hecho más llamativo de la trayectoria de Malcolm, desde que se apartó de la "Nación del Islam" de Muhammad, fue su rechazo explícito e implícito de todas estas cosas. Viajó, estudió, aprendió, evolucionó. Lo más sorprendente fue su *desarrollo*, caso único entre los líderes negros, al punto que bastaba leer con atención sus discursos o declaraciones para apreciar su evolución progresiva, para darse cuenta de lo que había aprendido. Su estudio sobre el Islam le capacitó para percibir la falsedad de las doctrinas seudoreligiosas de Muhammad, y especialmente sus rasgos racistas. Por eso escribió:

"...como seguidor de Elijah Muhammad dije que creía en la religión del Islam, pero sus enseñanzas y su versión acerca de ella no se basaban en la fraternidad de los hombres. Iban dirigidas contra el pueblo precisamente sobre la base de su color. Pero mis creencias están ahora en un cien por ciento en contra del racismo y de toda forma de segregación, y estas creencias las encuentro incluso en la religión del Islam, tal como la entiendo ahora; pienso que no debemos juzgar a una persona por el color de su piel sino por su conducta, por sus actos, y creemos que esto es lo justo." (*)

Sus viajes al Africa le enseñaron la lección más importante: que hay una relación directa entre los sucesos del Congo y los sucesos de Harlem; que la explotación y opresión imperialista es originada por la misma fuerza que explota y degrada a los negros en los Estados Unidos, es decir, por el capitalismo norteamericano. Como él lo dijera:

"Hoy las naciones africanas hablan claro y relacionan el problema del racismo en el Mississippi con el problema del racismo en el Congo, y también con el problema del racismo en Vietnam del Sur. Todo es racismo. Todo forma parte del pervertido sistema racista que las potencias occidentales han empleado para la degradación, la explotación y la opresión de los pueblos de Africa, Asia y América Latina, durante siglos."

Malcolm y los negros integrantes de la Organización de la Unidad Afronorteamericana (que fueron quienes lo *crearon* como líder) estaban emergiendo de ese mundo estéril, estúpido y odioso de las sociedades secretas que ayudan a perpetuar la esclavitud de la clase trabajadora

(*) Todas las citas son de una entrevista a Malcolm, transmitida por la radio WBAI-FM el 28 de enero de 1963 y publicada en *The Militant* del 8 de febrero de 1965.

negra (la "lucha" de la clase media es meramente reformista); iban pasando de ese mundo oscuro a la luz de la conciencia, esto es, al conocimiento de la naturaleza real de la situación del negro norteamericano, a la identificación de sus causas y de sus soluciones. Es significativo que él no haya concebido a la OAAU como organización exclusiva, de estrecha base, y que haya dado la bienvenida a toda forma de cooperación con otros grupos:

"La Organización de la Unidad Afronorteamericana apoyará plenamente y sin compromiso toda acción de cualquier grupo que esté orientada a lograr resultados inmediatos apreciables.

Malcolm X fue muchas veces anatematizado, en vida, como un abogado de la violencia, y ahora que está muerto los acólitos de la clase dirigente pueden a duras penas disimular su satisfacción al entonar con unción sus relamidas frases acerca de la "violencia que engendra la violencia", y de los que "cosechan lo que sembraron". En realidad, como debe saberlo cualquiera que conozca superficialmente su trayectoria, Malcolm *no* era un abogado de la violencia:

"Pensamos que habremos de aceptar la no-violencia cuando ella sea inculcada al Ku Klux Klan, o al Consejo de los Ciudadanos Blancos, o a todos estos otros elementos que ejercitan su extrema brutalidad contra los negros de este país. Si estuviéramos tratando con un enemigo no-violento seríamos no-violentos también. Pero mientras nuestro pueblo en este país tenga que enfrentar los continuos actos de brutalidad de parte de los elementos racistas tanto en el norte como en el sur, no creo que pueda pretenderse incitarnos a la no-violencia. Cuando ellos se vuelvan no-violentos, nosotros nos volveremos no-violentos."

Esta posición es inexpugnable. Pero su justicia carece de valor para la clase dirigente; cualquier forma de resistencia efectiva a la opresión enfurece a esos hipócritas que por su parte no vacilan en utilizar las formas de violencia que sean necesarias para mantener la explotación de la masa de los negros. La violencia *contra* los negros es un procedimiento operativo habitual; resulta inconcebible que los negros se defiendan.

La absoluta determinación de Malcolm X a terminar con la degradación de su raza, simbolizada en su resuelta adscripción a la "violencia", así como la amplitud y profundidad de su comprensión sobre la situación actual del negro, alarmaron a la clase dirigente y suscitaron su implacable hostilidad. Porque, aunque no podamos considerar a Malcolm X como un socialista, pues no llegó a tomar conciencia cabal del hecho que el racismo es el *resultado* de la explotación capitalista, no puede du-

darse que iba evolucionando en esa dirección, y por consiguiente era el único líder prominente de los negros que poseía una perspectiva inteligente y a largo alcance sobre la realidad de la lucha negra.

¿Puede sorprender que haya sido asesinado?

Véanse los efectos del asesinato, véase el modo en que lo está utilizando la clase dirigente capitalista de los Estados Unidos: ¿cuántas palabras se han gastado en vilipendiar su ejemplo, en prevenir, en amenazar, en “deplorar” a este hombre y su trayectoria, mientras se disfraza y distorsiona deliberadamente la verdad acerca de su trayectoria, de su sabiduría, y de la significación real de ambas? ¡Con cuánta fruición los órganos de la clase dirigente aprovechan esta oportunidad para desacreditar la lucha de los negros, para impulsar a los negros de clase trabajadora a la apatía, para reforzar el confinamiento de los negros de clase media dentro de los límites serviles de las organizaciones de derechos cívicos! (servilismo que, como producto de clase, queda patentizado en la cobarde reacción de los líderes de estas organizaciones ante el asesinato de Malcolm).

No es éste el *principio* de la supresión de la única lucha importante, de la única lucha revolucionaria de los negros, porque esa lucha como tal casi no ha comenzado todavía. No podemos decir que la supresión de un movimiento revolucionario tenga un momento específico de iniciación; está implícita y es inminente a la sociedad de clases. Pero la lección del asesinato de Malcolm X y la reacción por él suscitada consiste en que el miedo y la hostilidad de la clase dirigente hacia la lucha negra aumenta en razón directa de la participación de los negros de clase trabajadora en esa lucha. Y, consecuentemente, las tentativas de suprimir ese aspecto revolucionario de la lucha seguirán multiplicándose al mismo tiempo que la lucha de los negros de clase media es domesticada y “utilizada” como táctica complementaria por la clase dirigente.

Malcolm X está muerto. La sociedad explotadora del capitalismo, que creó a Malcolm, sigue viviendo. La estructura económica fundamental, las fuerzas sociales, la dinámica de clase engendrada por ella continúan desarrollándose y creando sus opuestos, sus reacciones, sus negaciones. Puede que la organización de Malcolm, la OAAU, desaparezca; puede que asistamos a una pausa temporaria en la lucha de la clase trabajadora negra. Sin embargo, mientras exista la explotación capitalista, y a medida que se desarrolle la conciencia de los negros de clase trabajadora, ellos irán creando organizaciones nuevas y dirigentes del tipo de Malcolm X. Y podemos estar igualmente seguros de que éstos serán socialistas. La clase capitalista dirigente puede recurrir a la distorsión, a la calumnia, a la supresión y

al asesinato, pero no puede destruir las fuerzas que representa un Malcolm X; no, no podrá hacerlo hasta el día mismo en que la propia clase dirigente y su sistema de explotación y degradación sean destruidos.

Este artículo apareció en el Nº 12 del Vol. 16 de la edición norteamericana de MR.

No creo que el problema pueda abordarse científicamente de esta manera.

La experiencia de la planificación en la Unión Soviética, China y los países socialistas de Europa muestra claramente que con las posibilidades actuales de disponer de información centralizada, la fijación de objetivos detallados de producción por los cuerpos planificadores centrales origina un importante derroche de trabajo social. Este derroche puede considerarse como el precio que hay que pagar durante un tiempo para producir cambios decisivos en el aparato de producción estableciendo prioridades con abstracción de los costos, y asignando importancia primordial al cumplimiento de estas prioridades. Por consiguiente, un método semejante se justifica sin duda alguna durante las primeras etapas de un sistema de planificación socialista cuando éste ha heredado una estructura industrial y agrícola anticuada. Sin embargo a la luz de la experiencia este método se vuelve cada vez menos apto una vez que se ha dado cumplimiento a los grandes cambios estructurales. El problema es entonces hacer que la economía crezca a máxima velocidad y al mismo tiempo satisfaga con rapidez las necesidades del consumidor, mientras la elaboración de los bienes de consumo y de los medios de producción se torna cada vez más diversificada y, por lo mismo, más difícil de controlar desde el centro. Tal ha sido la experiencia de todos los países socialistas, incluso la Unión Soviética y China. Se aproxima el momento en que resultará esencial establecer un método de conducción de la economía que haga posible responder rápida y precisamente a las necesidades concretas de los consumidores, ya sean individuos o empresas del estado que consumen los productos de otras empresas del estado.

La experiencia ha probado que con las técnicas actuales de contabilidad, estadística y centralización de informes es absolutamente imposible llegar a la administración centralizada, sin derroches, de una economía que es de por sí compleja y debe tener en cuenta la demanda del consumo.

Durante mi reciente viaje a China me llamaron particularmente la atención la amplia libertad de acción otorgada a los organismos comerciales del estado que establecen contratos específicos con varias empresas productoras, y el hecho de que estas empresas (aun en el sector estatal) preparan sus propios planes, *en estrecho contacto con los organismos comerciales.*

Como ya lo he puntualizado, la experiencia indica que los esfuerzos por omitir la consideración de la demanda consumidora resulta en un derroche de trabajo social, que se nota sobre todo en la producción de artículos innecesarios. Es un hecho bien conocido que la industria textil de la Unión Soviética, aún en 1964, estaba produciendo telas por

valor de millones de rublos sin que hubiera para ellas demanda alguna. Otras industrias de consumo poseen stocks invendibles por cientos de millones de rublos. Lo mismo se aplica a los medios de producción, algunos de los cuales son provistos por empresas que no encuentran modo de utilizarlos en condiciones convenientes, porque no fueron consultadas cuando se elaboraron las especificaciones.

En el transcurso de dos visitas hechas a la Unión Soviética en 1964 observé los esfuerzos que se hacían para sacudir la rémora de la "planificación administrativa" (un tipo de planificación que se hizo necesario en los primeros años del poder soviético e incluso hasta una época relativamente reciente). Era notorio que una de las grandes dificultades halladas al tratar de resolver esta situación era el problema de los tabúes ideológicos, y especialmente el miedo de dejar que el "mercado" jugara un papel dominante en la fijación de objetivos del desarrollo.

Por mi parte, pienso que es ésta una obsesión hecha de palabras, y que ella tiene consecuencias muy serias para la práctica de la planificación y el desarrollo del socialismo.

Creo que la gente que escribe sobre estos temas desde fuera de los países socialistas debe cuidarse sobre todo de no suscitar, siquiera indirectamente, argumentos nuevos en contra de quienes tratan de deshacerse de ciertos mitos puramente verbales.

No creo —y abrigo en este sentido la mayor certidumbre— que la tentativa de satisfacer las necesidades concretas de individuos y empresas pueda pintarse como un reemplazo de la planificación por el "mercado". En realidad, es una manera de buscar que el contenido del plan resulte económica y socialmente más satisfactorio de lo que sería bajo el imperio de decisiones administrativas arbitrarias, que a menudo derivan en pérdidas considerables para la economía y que, por esa misma razón, llevan al desaliento, cuando no a la violación sistemática de un plan que es considerado irracional.

El problema —y es importante abordarlo sin emplear etiquetas o caer en verbalismos— consiste en determinar cómo pueden ser medidas con exactitud las reales necesidades de los consumidores industriales e individuales. Es también imperioso establecer de qué manera se tendrán en cuenta las prioridades urgentes fijadas por el plan (que deben merecer precedencia sobre las necesidades de empresas e individuos siempre que sea necesario).

Las respuestas a estos interrogantes comienzan a aparecer ahora, especialmente a través de las discusiones en curso dentro de la Unión Soviética y otros países socialistas respecto al contenido preciso de la planificación de inversiones y precios.

En mi opinión, la verdadera planificación económica se logrará cuando los límites de una programación centralizada realmente eficaz hayan sido definidos y sean estrictamente respetados. Ya no habrá entonces peligro de caer en el sistema yugoslavo, que sólo es en realidad (desde el punto de vista económico) el reflejo de la incapacidad de la planificación administrativa para resolver ciertos problemas.

Con respecto a las afirmaciones de la página 14 de la edición de diciembre, quisiera añadir que como regla general, dentro de los conceptos que hoy se debaten en la Unión Soviética, no se habla en absoluto de dejar que las empresas fijen sus precios libremente. He ahí una diferencia fundamental entre el sistema yugoslavo y los métodos que ahora se ensayan en la URSS.

Uno de los mitos frente a los cuales debe estar uno en guardia al discutir sobre planificación central y métodos de satisfacer las necesidades precisas de los consumidores individuales e industriales, es la idea de que todos estos problemas pueden resolverse utilizando técnicas de programación, métodos de consumo y producción y computadoras electrónicas. Es este un mito muy difundido entre los novatos en el campo de la economía matemática, pero que los expertos tienen buen cuidado de evitar, porque conocen las limitaciones de los instrumentos de que se dispone comúnmente.

A este respecto, cabe destacar que en la Unión Soviética se está llevando a cabo un importante trabajo con miras a dominar las posibilidades ofrecidas por las computadoras electrónicas y los métodos de la economía matemática, en la medida en que éstos se puedan aplicar a la planificación.

Este trabajo que discutí especialmente con el extinto académico Nemchinov y con el actual director del Instituto de Economía Matemática Aplicada, profesor Fedorenko, da la pauta de las enormes dificultades con que se tropieza en la materia. Ellos están tratando de superar estas dificultades, pero los problemas son tantos que pasarán seguramente cinco o diez años antes de que se logren resultados prácticos de largo alcance, aunque desde luego pueden conseguirse frutos más limitados en tiempo menor.

Los problemas específicos planteados por el uso en gran escala de computadoras electrónicas y métodos centralizados de administración (que ellos *están* tratando de impulsar, pero con la mira puesta en la administración económica y no en la planificación puramente administrativa, como antes) son los siguientes:

1) *Nomenclatura estadística y contable.* Hay tal disparidad entre las terminologías usadas en las distintas ramas de la industria que una

de las primeras tareas debe ser la de uniformarlas integralmente. Esto debe hacerse prestando la debida consideración a lo que se requiere no sólo para fines puramente estadísticos, sino también para la eventual preparación de modelos operacionales. Tales modelos no han sido desarrollados todavía porque su valor depende en gran medida del tipo de información disponible.

2) *Reunión de los datos económicos y técnicos elementales.* Debe decidirse en qué forma habrán de reunirse los datos aislados y cómo puede hacerse esto de manera que no se pierda en el proceso ningún elemento importante de información. La situación actual induce a creer que los diferentes niveles de decisión deberán seguir existiendo por mucho tiempo, y que para cada uno de ellos habrá que apelar a un grado distinto de reunión y ordenamiento de datos.

3) *Actual estructura de precios en los países socialistas.* Este problema, a la vez teórico y práctico, es probablemente uno de los más complejos. El sistema de precios existente tiene bases históricas, y es imposible tomar decisiones racionales a partir de este sistema en nivel alguno, centralizado o descentralizado. Pero mientras en un nivel descentralizado es siempre posible reconocer con rapidez ciertas distorsiones resultantes del uso de un sistema de precios irracional, en un nivel centralizado eso se torna imposible. Para avanzar en dirección de una administración más centralizada es necesario, por consiguiente, contar con un sistema de precios que posea verdadero sentido, y que tenga en cuenta no sólo las horas-hombre requeridas para elaborar los diversos productos, sino también la utilidad social de los productos. En la Unión Soviética y otros países socialistas se realizan investigaciones muy importantes alrededor de esta cuestión.

4) *Falta de un modelo económico general válido para el conjunto de la economía.* Las dificultades en este campo podrían llegar a vencerse con ayuda de computadoras electrónicas, cuando éstas se perfeccionen lo suficiente como para operar con todos los parámetros que deben incluirse en el modelo para que éste tenga algún valor realístico. Mucho se está trabajando para desarrollar estos modelos óptimos a partir de los modelos de las distintas ramas. Pero aun en esta escala existen miles de variables que hay que tomar en consideración; y si ascendemos hasta el nivel de la economía nacional de un gran país el problema se torna tan complejo que los modelos que ha sido posible desarrollar hasta ahora revisten sólo un interés teórico.

5) *Carencia de una administración automática para las unidades*

porta es saber si en realidad *está* ocurriendo. Bettelheim no alude a este aspecto, pero lo que dice acerca de la manera como los economistas soviéticos encaran el problema no es tranquilizador. ¿No es posible que lo que Bettelheim llama "tabúes ideológicos" y desecha con epítetos peyorativos como "verbalismos" y "mitos" sea en realidad expresión de un convencimiento marxista profundamente arraigado en el sentido de que la producción por la ganancia, no importa cómo se trate de embellecerla, es contraria y, a la larga, fatal para el desarrollo del socialismo y del comunismo?

Nadie está mejor calificado que el profesor Bettelheim para arrojar luz sobre estas cuestiones que estimamos tan importantes. Esperamos que MR pueda publicar, en alguna edición próxima, las ideas del profesor Bettelheim sobre algunos de los problemas bosquejados —pero no examinados— en las líneas anteriores.

QUEBEC: EL NACIONALISMO Y LA CLASE TRABAJADORA

Pierre Vallières

Hace ya cierto tiempo que comenzó a hacerse oír a través de los diarios de todo el mundo la voz de Quebec, la provincia subdesarrollada de habla francesa que forma parte del oriente canadiense. ¿Qué es lo que pasa en Quebec? ¿Una revolución? El año pasado estallaron bombas en Montreal. Cien mil granjeros marcharon sobre el parlamento de Quebec en primavera. También marcharon sobre la capital de la provincia estudiantes y sindicatos. El primer ministro Jean Lesage, jefe del gobierno provincial de Quebec, envió varios ultimátums a las autoridades de Ottawa; y más recientemente advirtió a los anglo-canadienses del resto de la nación que habrá que acordar a Quebec un status especial so pena —según él— de que la situación política de la región se torne todavía más grave.

Los círculos dirigentes locales están alarmados. Tanto en Quebec como en Ottawa, la capital federal, se estudia la manera de suprimir o, cuando menos, de amortiguar las demandas de la comunidad franco-parlante de Quebec que, por primera vez en la historia, manifiesta tan clara y categóricamente su decisión de apropiarse de lo que le pertenece, de no conformarse más con las limosnas del gobierno federal, de no dejarse utilizar, a través del pago de impuestos exorbitantes, para financiar la industrialización de Ontario (*); lo que se persigue, en cambio, es

Pierre Vallières, joven periodista canadiense de *La Presse de Montreal*, es también director de *Révolution Québécoise*.

(*) Por ejemplo, la mayor parte de los impuestos se destina a armamentos. Quebec, la segunda provincia canadiense en cuanto a población (después de Ontario), aporta una importante proporción de dichos impuestos que Ottawa utiliza para acordar contratos a las fábricas de armas, casi todas ubicadas en Ontario. ¡Millones de dólares robados al pueblo de Quebec para la defensa del "mundo libre" norteamericano!

Este artículo apareció en el N° 12 del Vol. 16 de la edición norteamericana de MR.

una auténtica autodeterminación mediante la reconquista de los derechos económicos, políticos y sociales que han sido sistemáticamente desconocidos desde la conquista de Nueva Francia por los ingleses en 1760.

El nacionalismo que hoy surge con caracteres tan notorios, aunque deformado por la propaganda de la burguesía de Quebec, que desea aprovecharlo en su propio beneficio, conlleva una protesta social y demandas económicas precisas que, al hacerse cada vez más amplias y sentidas pueden algún día desembocar en una revolución socialista. Porque este nacionalismo va dirigido contra toda la gama de alienaciones que sufre el pueblo de Quebec, y tiene un objetivo mucho más amplio y más concreto que el de las meras demandas políticas.

¿Quiénes componen este pueblo de América del norte que hasta ayer era prácticamente desconocido, y que hoy suscita la desazón de los capitalistas que temen una nueva Cuba en el norte?

Se necesita dar un vistazo a la historia para comprender qué es lo que sucede en la América nortoriental.

En el siglo 17 Nueva Francia constituía una colonia y a la vez una fuente de riqueza comercial para los franceses. Estamos en el inicio de la colonización de América por parte de Francia: Champlain funda Quebec en 1608. Maisonneuve y algunos místicos fundan Ville Marie (Montreal) en 1642. Tres eran los grupos que compartían el poder en aquellos años: La Iglesia, que deseaba el establecimiento de los colonizadores para asegurar sus objetivos de dominación sobre la mente de los hombres; las compañías comerciales, que entraron en conflicto directo con los poderes eclesiásticos, particularmente a causa de la venta de brandy, condenada por la Iglesia; por último, la pequeña burguesía nacional, compuesta en gran parte por nobles y "caballeros" que habían perdido su sitio en Versalles. Estos últimos eran liberales que censuraban el jansenismo del clero: unidos a las compañías comerciales contaban con el poder suficiente para impedir que la Iglesia —cuya función en la colonia se aproximó, durante cierto tiempo, a la de una teocracia— tuviera bajo su control al "buen pueblo católico de Nueva Francia".

Pero en 1760, inmediatamente después de la conquista inglesa, todo cambió: la mayor parte de la élite volvió a Francia, y aquellos que se quedaron, comprometidos cada vez más por "coqueteo" con los conquistadores, vieron disminuir su prestigio. En este punto fue que la Iglesia apareció como lo único capaz de oponerse a los ingleses a través de la creación de una imagen coherente, sólida y unificada de la sociedad católica francesa de Quebec. La Iglesia echó raíces en las parroquias rurales donde vivía la mayor parte de la población francoparlante (unos 70.000 habitantes en la época de la conquista). Allí confirió a la nación quebequesa sus primeros rasgos ideológicos, poniendo énfasis en el carácter católico

por encima de todas las cosas. En ausencia de la élite, que tuvo que hacerse "inglesa" en cierta medida para poder sobrevivir, la Iglesia tomó el control de la educación y, por esto mismo, de toda la sociedad. En su situación de único elemento educado, e imbuído de "prestigio divino", la Iglesia recibió del pueblo ignorante y humillado el mandato de negociar con los conquistadores. Aprovechó la circunstancia para obtener de los ingleses sólidas garantías dentro del campo religioso, a cambio de la pasividad y la sumisión del pueblo, que la propia Iglesia garantizaba a su vez.

Para el clero resultaba indistinto predicar la sumisión a Dios y la sumisión a los conquistadores ingleses, ya que toda autoridad provenía de Dios, como se enseñaba en las Iglesias.

La lealtad se convirtió en virtud excelsa, y esta virtud resultó aun más fortalecida tiempo después, ante la amenaza norteamericana. Los canadienses, tanto franceses como ingleses, se encontraron pronto (1812) luchando contra el enemigo común. Pero una vez que el peligro hubo pasado se reavivaron las disputas entre los dos grupos étnicos. A pesar de los esfuerzos del clero, la lealtad era una virtud difícil de respetar para el pueblo. También lo era para la pequeña burguesía graduada en los seminarios, únicas universidades que había en esa época. Concretamente, a principios del siglo 19 surgió en Quebec una burguesía autóctona compuesta por los jóvenes pobres que, luego de completar su educación en los seminarios, ingresaban en las profesiones liberales: notariado, derecho, medicina. Pronto reclamaron éstos que los conquistadores les acordaran participación en los puestos del gobierno, en el comercio y en la vida pública. A la oposición entre "razas" se agregó una lucha de intereses.

Pero, al mismo tiempo, los profesionales pequeños burgueses entablaron una lucha contra la Iglesia, cuyo poder perjudicaba sus intereses tanto como el deseo de asimilación de los anglocanadienses. Las clases medias se hicieron anticlericales y cambiaron su nacionalismo tradicional (bajo cuyo manto la religión oficiaba de guardiana del idioma) por el ideal democrático que iba tomando forma en Inglaterra y los Estados Unidos). Su líder, Papineau, realizó frecuentes viajes a Londres y reclamó la mayor participación de su pueblo en la economía y la política dentro de un sistema liberal. Papineau apareció, a los ojos del clero, como un ateo demoníaco, porque admiraba a la Revolución Francesa.

En 1837, la lucha entre las clases medias de Quebec y la triunfante burguesía anglosajona terminó en una vasta rebelión. Pero esta revuelta, que no fue apoyada por el clero, acabó en un completo fracaso. Fue entonces que las clases medias de Quebec se vieron ante una disyuntiva crucial: declarar la creación de un país independiente en Quebec y aceptar a la Iglesia como espina vertebral de la sociedad, o unirse al mundo anglosajón para librarse de la Iglesia y de la Inquisición. Como lo sostuvo

recientemente el sociólogo Fernad Dumont, estos liberales “decidieron por la nacionalidad, y tal opción tuvo numerosas consecuencias: especialmente la de que no habría una revolución política violenta”.

Después de 1840 la lucha contra la Iglesia tocó a su fin, y esta última pasó, con mayor fuerza que en los años posteriores a la conquista de 1760, a constituirse en la estructura fundamental de Quebec. A esta opción, decidida por una clase media respetuosa en favor de la Iglesia, se agregó la elección del nacionalismo como expresión suprema de la libertad. Esta alternativa, a la vez nacionalista y clerical, tuvo lugar antes de que comenzara la industrialización de la provincia y encontró su apoyo en una sociedad campesina basada sobre valores estables, conservadores y medievales.

Se concretó la paz entre los dos Canadá, y la Confederación de 1867 consagró la coalición de las clases medias de los dos grupos medios, coalición oficializada por el Tratado de Unión de 1840 (que, desde el punto de vista inglés, iba a producir la asimilación completa de los franco-canadienses) y por el temor común a los conquistadores norteamericanos.

La perspectiva fundamental de la burguesía profesional de Quebec se transformó gradualmente. Antes liberal, ésta se tornó conservadora, se apoyó en los mismos valores del campesinado y contempló con desdén la industrialización incipiente. Se consideraba a la sociedad como una vasta familia. El clero y la clase media se convirtieron lentamente en aliados para desarrollar un tipo de paternalismo generalizado que, por cien años más, impediría respirar el aire libre al pueblo de Quebec. Aceptados por el mundo anglosajón, el clero y la burguesía profesional en vez de participar del desarrollo del capitalismo norteamericano asumieron una actitud decididamente reaccionaria para ese período y rechazaron la riqueza (esto es, el desarrollo económico de Quebec) en nombre de una exigencia espiritual: ¡la de dar un espíritu cristiano y evangélico a la América imperialista!

Su miedo de hacer negocios durante esa época se parecía al miedo de hacer el amor. Sentían vergüenza de las industrias extranjeras que, a pesar de todo, se establecían en el territorio de Quebec, y sentían vergüenza de la creciente urbanización de la tierra. Tenían miedo a la ciudad. La ciudad, para muchos, representaba la pérdida de la fe y del idioma, puesto que los negocios se realizaban en inglés y eran dirigidos por los protestantes. Los clérigos predicaron el regreso a la tierra, y se fundaron colonias en las tierras vírgenes (pero pobres) de Quebec: Abitibi, Lac St. Jean, Gaspésie. Estas colonias constituyeron las regiones más subdesarrolladas de Quebec.

Esta conducta reaccionaria y estúpida acabó en el desastre: cientos de miles de personas quedaron condenadas a la pobreza por haber abandonado la ciudad a instancias de la Iglesia y del gobierno. Otros cientos de

miles que vinieron a engrosar la población de las ciudades, particularmente Montreal, se pusieron a buscar trabajo sin poseer aptitudes ni educación técnica. Toda la iniciativa en el dominio económico quedó en las manos de los materialistas anglosajones, y sólo unos pocos habitantes de clase media de Quebec aceptaron ensuciarse en la industria y el comercio.

Con la aprobación de la élite de Quebec, el régimen federal, instituido en 1867, funcionó para beneficio exclusivo de los canadienses anglosajones, especialmente los que vivían en Ontario.

A pesar de todo, Quebec pudo consolidar una base industrial, o más bien diríase que esta base industrial fue consolidada para Quebec por obra del capitalismo norteamericano en expansión. Este último se aprovechó de la falta de control gubernamental sobre la explotación de minas, tierras, bosques e industrias elaboradoras y distribuidoras. Los anglocanadienses fueron cómplices de esta apropiación, y la burguesía de Quebec tuvo que conformarse con recibir dividendos exigüos.

En cuanto al pueblo, continuaron los sermones tendientes a impulsarlo a volver a la tierra, por lo menos hasta el día en que los capitalistas norteamericanos vinieron a ofrecer mayor poder adquisitivo a los trabajadores, dándoles la ilusión de la seguridad económica y el bienestar personal. Después de 1945 quedó prácticamente completada la conquista económica de Quebec, y el campo empezó a despoblarse por el éxodo hacia la ciudad. El pueblo de Quebec se convirtió en una ingente reserva de mano de obra para el imperialismo yanqui. Después de eso, la Iglesia ya no predicó la lealtad a la tierra o al conquistador inglés, sino la lealtad a la empresa privada.

La industrialización “forzada” de Quebec originó cambios profundos en la mentalidad y conducta de un número cada vez mayor de ciudadanos quebequeses, y esto se dio en todos los niveles. La burguesía, especialmente sus elementos más jóvenes, comenzó a cultivar la afición por los negocios, y el movimiento cooperativo alcanzó una expansión considerable. Empezaba a operarse una acumulación capitalista por parte de los ciudadanos de Quebec, “comprar en el país”, y acerca de los negocios francocanadienses.

Por su parte, los trabajadores comenzaron a organizarse seriamente. Agrupados primero en comités de tienda (*syndicats de boutiques*) para contrapesar la influencia de los sindicatos neutrales norteamericanos (arreligiosos) —que van a la rastra de las corporaciones estadounidenses— más y más trabajadores fueron aprendiendo a desarrollar con eficacia la lucha contra el empresario. A partir de la década del 40 se organizaron en sindicatos cada vez más enérgicos en sus reclamaciones. (Sin embargo, no fue hasta cerca de 1960 que los sindicatos católicos quedaron

oficialmente separados de la Iglesia.) Las huelgas frecuentes desarrollaron una conciencia pre-revolucionaria y, poco a poco, crearon condiciones para la lucha generalizada de la clase trabajadora contra el capitalismo.

Pero la ignorancia de las masas y la influencia de la iglesia frustraron el éxito de los trabajadores en sus avances iniciales. El anticomunismo norteamericano se extendió rápidamente a través de Quebec; al mismo tiempo el movimiento obrero internacional (yanqui) fue utilizado por los gobiernos de Quebec y Ottawa para destruir la influencia de los líderes radicales del trabajo, que habían asumido el control de grandes sindicatos como los marítimos, los del vestido y los textiles. Hal Banks y sus amigos "salvaron" a Quebec del comunismo e introdujeron el bandolerismo sindical. Por fortuna el movimiento obrero católico, aunque reaccionario, no sufrió la corrupción que comenzó a invadir, por ese entonces, el movimiento norteamericano.

En 1945 los trusts extranjeros en Quebec seguían constituyendo un problema; y Maurice Duplessis, jefe de la Unión Nacional, les declaró la guerra. El pueblo, en un momento de delirio, lo llevó al poder. Se mantuvo en él quince años, a lo largo de los cuales apeló a la demagogia xenofóbica y anticomunista para mantener a Quebec al margen de la corriente histórica. Al tiempo que hablaba de autonomía provincial, vendía a los norteamericanos todo cuanto éstos no habían podido hasta entonces apropiarse por su cuenta. Dejó al clero el dominio de la educación y celebró con el gobierno central de Ottawa acuerdos desventajosos para Quebec.

Estos quince años de oscuridad favorecieron el nacimiento de una "Izquierda" liberal que, como la de 1840, se hizo antinacionalista por repugnancia, y federalista por apego a la libertad. Esta "Izquierda" no cuestionaba el sistema capitalista, sino sólo la política extremadamente reaccionaria de Duplessis y de la Iglesia. Compuesta de católicos "liberales", la "Izquierda" pregonaba la igualdad entre laicos y cléricos y buscaba desde las reparticiones federales (National Film Office, Radio Canadá) una especie de asilo político que le permitiera trabajar con criterio inteligente y moderno.

La opinión pública creía que el movimiento contra Duplessis era socialista. Esto explica por qué en 1960, cuando los liberales llegaron al poder, se pensó por un momento que había llegado la revolución. Sin embargo, el pueblo se dio cuenta muy pronto de que las ideas "izquierdistas" una vez en el poder no tenían nada de revolucionarias. El gobierno de Lesage que ha permanecido en el poder cuatro años, no busca otra cosa que transformar el régimen feudal de Quebec en capitalismo moderno, por parasitario que este sea.

QUEBEC EN LA ACTUALIDAD

El capital norteamericano controla hoy en día cerca del 90 por ciento de la economía de Quebec. La clase comerciante de la provincia está tan subordinada que no puede confiar en sus propias fuerzas para competir con los extranjeros; no le queda sino limitarse a los sectores menos rentables de la producción, no puede impedir la absorción de sus compañías por los monopolios.

La clase media se ve obligada a recurrir al estado, que a exigencia suya ha creado una corporación financiera para sostenerla. Esta empresa privada, que goza de exenciones impositivas, existe para servir al propósito de apoyar, en la provincia de Quebec, la consolidación de un capitalismo que pueda exhibir con orgullo cierta dosis de independencia. Una independencia que será más política que real, pues la clase comerciante está en general de acuerdo con las teorías del ministro de finanzas de Quebec, Erick Kierans (ex presidente de la Bolsa de Comercio de Canadá y de la Bolsa de Comercio de Montreal), quien dijo hace poco: "Las inversiones extranjeras no constituyen un menoscabo para la soberanía de Quebec porque los dirigentes de las corporaciones no pueden contrariar, y no contrariarían, los deseos del Canadá francés cuya suprema expresión política es el gobierno de Quebec..." (*Le Devoir*, 20 de noviembre de 1964). Para este ministro, como para toda la clase media, debe dejarse el campo libre a los capitalistas extranjeros (especialmente estadounidenses) que manifiesten deseos de invertir en Quebec: porque la autoridad política supera al poder económico, según las clases dirigentes. "En los días que corren —se afirma— es el gobierno el que modela el desarrollo de un país, y no los capitalistas." Esta aseveración no tiene otra finalidad que la de mistificar a las masas haciéndoles creer que el gobierno es algo distinto y superior al régimen económico. Por cierto sabemos demasiado bien que esto no es exacto en ningún sentido; que, por el contrario, los gobiernos son sirvientes del régimen capitalista y que esto es tan cierto en la era de la "economía dirigida" y de la programación económica como lo fue en la era del liberalismo económico clásico.

La burguesía en Quebec solo puede fortalecer su actual cohesión y sus privilegios como clase dominante a través de su dependencia del capital extranjero (norteamericano), y mediante la reafirmación de su ideología capitalista. Nunca podrá, como lo pueden las clases medias de África y América latina, desempeñar en el desarrollo económico la función que alguna vez jugaron las clases medias en Europa. Su futuro está irremediablemente encadenado al del capital monopolista extranjero y a la explotación sistemática de la clase trabajadora. De ahí que el único separatismo que la clase trabajadora puede apoyar consiste en la separa-

ción del capitalismo norteamericano y en la secesión de Quebec mediante la adopción del socialismo. Pero... ¿estamos cerca de semejante eventualidad?

LA CLASE TRABAJADORA

El nacionalismo de Quebec, que surgió luego de la victoria liberal de 1960, ha sido y sigue siendo un fenómeno de la clase media. Sin embargo, este nacionalismo suscita el creciente rechazo de los trabajadores urbanos y rurales, rechazo que estos sienten simultáneamente hacia las dos formas de gobierno que el capitalismo adopta para esclavizar al pueblo. Este poder dual, en vigencia desde la Confederación de 1867, es a la vez provincial y federal, y fue instituido por los británicos con la complicidad de los dirigentes de Quebec; tenía por meta declarada el impedir una conquista política del Canadá por parte de los norteamericanos, y utilizó el espíritu de lealtad de los "dos pueblos fundadores del país" para explotar a Quebec, pobre y vencida, en beneficio de Ontario, rica y victoriosa. La discriminación ejercida contra el pueblo de Quebec en nombre de un respeto sacrosanto a la Confederación creada por "mandato divino" ha dejado de ser para las masas un dictado fatal contra el que nada puede hacerse. De la misma manera, la cobardía tradicional de los sucesivos gobiernos de Quebec ha dejado de ser ventajosa para la burguesía local.

La réplica del gobierno y la clase media a la creciente insatisfacción del pueblo es la "soberanía política". Casi todos concuerdan con ese objetivo, pero no hay coincidencia todavía en cuanto a los términos y condiciones de la soberanía. Algunos hablan de un estado asociado, otros de la independencia política total. Pero la fórmula no cambia en modo alguno a la realidad, que puede sintetizarse así: las clases dirigentes son capitalistas y no desean romper con el capital monopolista. Sencillamente aspiran a ser tratadas igual que las clases dirigentes del Canadá de habla inglesa.

Enfrentada a las políticas de la burguesía, la clase trabajadora no tiene más alternativa que movilizar toda su energía para un ataque masivo contra el sistema capitalista. Los trabajadores no tienen por qué apoyar las demandas "nacionalistas" de la clase media, toda vez que estas demandas apuntan a frenar a las masas y a movilizar la sensibilidad popular para el logro de objetivos radicalmente opuestos a los intereses de los trabajadores. A despecho de ello, el movimiento de independencia va despertando a un pueblo que permaneció demasiado tiempo aislado y dormido; está obligando a los trabajadores, así como al resto, a examinar

su propia situación, y empuja a la totalidad de la población a cuestionar la sociedad en que vive.

Pero la burguesía y el proletariado ven la cuestión desde puntos de vista opuestos. Mientras que para la burguesía el nacionalismo es un medio de aumentar los privilegios de una minoría, para los trabajadores constituye sólo una parte del desarrollo de la revolución en Quebec.

Quebec es hoy un país de casi seis millones de habitantes, de los cuales el 85 por ciento habla francés. El territorio no es ni política ni económicamente libre. Durante dos siglos fue colonizado por extranjeros, y nunca tuvo arte ni parte en la conformación de su propia historia. Hoy se torna evidente por primera vez una poderosa voluntad de asumir el manejo de sus asuntos. Para la burguesía local se trata de ubicar a Quebec en la era moderna del capitalismo, y de utilizar el estado de manera de colocarse a la par de sus vecinos anglosajones en Ontario. Para la clase trabajadora este objetivo no tiene interés alguno. Porque lo que a ella le importa es la verdadera liberación a través de un cambio radical en las relaciones de producción. Pero si bien no puede contar con que la burguesía local la ayude a realizar una revolución proletaria, la clase trabajadora puede apoyar libremente a las clases medias de Quebec en la lucha contra la discriminación económica y política practicada por la burguesía anglosajona, porque esa lucha, como diría Lenin, tiene "un contenido general democrático dirigido contra la opresión".

El peligro actual de Quebec es que la clase trabajadora no advierte todavía con suficiente claridad que es ella la única clase verdaderamente nacional, y no se ha resuelto aún a formar un partido revolucionario que persiga objetivos auténticamente nacionales. Los sindicatos de hoy deben cargar con gran parte de la culpa por este estado de cosas, ya que, al resistirse a obrar políticamente y al aceptar el capitalismo en forma incondicional, contribuyen a acentuar entre los trabajadores esa sensación de impotencia, esterilidad y humillación que, hasta ahora, sólo ha intentado combatir el Social Credit Party. (El Social Credit Party es un partido reaccionario estilo Goldwater, pero a diferencia del "goldwaterismo" se ha opuesto al más grande enemigo de los asalariados de Quebec: las corporaciones gigantes.) Ningún partido ni movimiento representa en la actualidad, a los trabajadores de Quebec. Los sindicatos, dominados en su mayor parte por las internacionales norteamericanas, han perdido toda su vitalidad. En cuanto a la Confederación Nacional de Sindicatos, la única organización de trabajadores con base auténtica en Quebec, y que dice contar con 140.000 afiliados, necesita una limpieza interna, y necesita también militantes políticamente avezados, que sean capaces de impulsarla hacia una acción radical.

¿Engendrará algún día una revolución el movimiento nacionalista de Quebec? Aun cuando los canadienses de habla inglesa y los norteamericanos concedieran la independencia a la burguesía quebequesa para preservar, mediante los servicios de ésta sus intereses capitalistas, quedaría por recorrer todavía un largo camino entre la independencia constitucional y la independencia completa y, a partir de allí, hacia el socialismo. Quebec sufriría un peligroso contraste si la independencia política, anhelada por la clase media, se tradujera poco después en limitaciones todavía mayores que las que traban ahora los objetivos fundamentales de los trabajadores, y en un retroceso del movimiento de liberación del pueblo de Quebec, con la perspectiva de un nuevo período de alineación política.

Sólo la formación y el desarrollo de una conciencia clasista antagónica entre las capas de población que sufren mayores discriminaciones permitirá a Quebec liberarse del destino que hoy parece aguardar a las repúblicas latinoamericanas, esto es, su anexión directa a los Estados Unidos. Es problema de urgencia el crear en Quebec un partido revolucionario que sea capaz de luchar por la verdadera liberación nacional hasta el fin, vale decir, hasta el punto de conquistar el poder y establecer un régimen socialista capaz de alcanzar la independencia auténtica. En ninguna otra región de la América del norte son mejores que en Quebec las perspectivas de la revolución. ¿Estarán los socialistas a la altura de la misión que la historia les reserva? ¿Asumirán la honrosa tarea de conducir, algún día, la primera revolución socialista de América del norte?

Este artículo apareció en el N° 12 del Vol. 16 de la edición norteamericana de MR.

EXCLUSIVO

CATALOGO DE DISCOS

La Discoteca de

LIBRERIA PLA, una librería diferente, pone a su disposición un novedoso y extraordinario Catálogo de Discos conteniendo la más grande variedad del repertorio y sellos editados en Chile.

Un valioso aporte para la selección y formación de su Discoteca.

Librería



MAC IVER 267

FONO 30812

LECTOR.....

Si Ud. está de acuerdo con que estas Selecciones en Castellano de MONTHLY REVIEW, satisfacen una real necesidad, comprenderá que es de suma importancia lograr el máximo posible de nuevos lectores. Es por ello que para continuar con éxito nuestra tarea, nos resulta imprescindible contar con su efectivo apoyo y cooperación.

UD. ES NUESTRO SUScriptor, ENTONCES PUEDE

Sugerir a sus amigos y conocidos que se suscriban.
Hacer una contribución económica.
Renovar oportunamente su suscripción.

SI UD. NO SE HA SUSCRITO AUN:

Hágalo a partir del número vigésimosegundo.
Recuerde que todo lo que necesitamos es su nombre, dirección y el valor de una suscripción.

RECUERDE

Que los suscriptores de MONTHLY REVIEW —Selecciones en Castellano— gozan de un 10% de descuento sobre todo el material que editemos o distribuyamos.

EL PRECIO ES DE:

UN AÑO (12 números)	E ^o 10.—
SEIS MESES (6 números)	5—

DIRIJASE A:

EDITORIAL PRENSA LATINOAMERICANA S. A.

Root 537 - Santiago